

A C A N T I L A D O

Toine Heijmans
En el mar

TRADUCCIÓN DE
GOEDELE DE STERCK



EN EL MAR

TOINE HEIJMANS

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS
DE GOEDELE DE STERCK



ACANTILADO
BARCELONA 2018

TÍTULO ORIGINAL

Op Zee

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011 by Toine Heijmans

© by Uitgeverij Atlas Contact, Ámsterdam

© de la traducción, 2018 by Goedele Maria Joanna de Sterck

© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del
Dutch Foundation for Literature

ISBN: 978-84-17346-20-1

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

julio de 2018



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Elsa.
Para Michiel.

No hay razón para un doloroso...

DONALD CROWHURST, navegante solitario; última anotación que aparece en el cuaderno de bitácora, 1969.

Fue el arquitecto de su propia perdición. Trató de hacer algo que salió tremendamente mal.

SIMON CROWHURST, hijo de Donald; última frase de una entrevista en *The Times*, 2006.

1

De pronto veo las nubes. Deben de haberse formado a mis espaldas. Algo debe de haberlas empujado hacia adelante. Ahora flotan frente a la proa. Flotan en el aire como cantos aplanados de color gris pizarra: enormes óvalos en suspensión. Un gigantesco móvil perpetuo, parecido al que en su día colgaba sobre la cuna de bebé.

Las nubes ensombrecen el alba. Apartan la luna de la mar y me obstruyen la vista. Durante toda la noche la luna ha desparramado su luz sobre las olas y ha custodiado el barco, iluminándolo a modo de lamparita nocturna. Ahora la luz está apagada y debo apañármelas yo solo.

Tiene que amanecer. Tiene que clarear. Sin embargo está oscureciendo, como si el barco navegara de vuelta a la noche. Como si hubiera donde elegir: adelante o atrás. Hacia el inicio del viaje o hacia el final. El caso es que no hay elección. Ya no soy yo quien manda.

Debo mirar la carta de navegación. Y debo beber algo, pero no encuentro el termo de té. ¿Qué le pasa al compás? ¿Por qué ahora pienso lo que siempre hago sin pensar?

Va a llover. Lo anuncian las nubes. Y la lluvia irá acompañada de fuertes rachas de viento. Todo es a un tiempo previsible e imprevisible.

Primero amainaré las velas, por si acaso. No vaya a ser que el viento las haga jirones. Después me preocuparé por el temporal que se esconde entre las nubes. Oigo los rugidos a lo lejos. Dentro de un rato los rayos caerán en picado, dibujando largos ramales, en busca de un punto donde impactar. En los puertos en los que he ido atracando proliferaban las historias de veleros fulminados. Se parten por la mitad. Se queman. El rayo alcanza el extremo del palo mayor y al milisegundo llega a la quilla, destrozándolo todo, realmente todo.

Las mismas historias se repiten una y otra vez, contadas por gentes siempre distintas. Aun así no conozco a nadie que de verdad haya sido víctima de semejante escenario. ¿Por qué habrían de impactar los rayos en mi barco? Es demasiado pequeño; el palo mayor apenas sobresale quince metros del agua. Una gota en el mar. Carece de sentido fulminar mi barco. Mi barco no tiene importancia.

Bajo al camarote en busca del teléfono móvil. Debo guardarlo en el horno. Me lo aconsejó un pescador al que conocí en el puerto de Thyborøn. No hace falta ningún rayo para destrozarlo todo, me dijo. La simple carga eléctrica de la tormenta basta para que las cosas se rompan: «*everything breaks down, you know*». El único lugar seguro es el horno. Actúa como jaula de Faraday. No permite que penetre nada de fuera.

¿Y si yo me metiera dentro del horno? Dejaría de existir para aquello que me rodea. Pero eso es imposible. No viajo solo en el barco. Me acompaña mi hija. Está dormida. Tengo que conseguir que siga durmiendo. Hasta que pase la tormenta. Hasta que lleguemos a nuestro destino. Debo llevarla sana y salva de costa a costa, de Dinamarca a casa. Sólo entonces podré decir que todo ha ido como yo deseaba.

Guardo el móvil en el horno. Ignoro si sirve de algo, pero al menos me ayuda a pensar. Mientras me acuerde de guardar el teléfono en el horno mantendré el control.

A bordo se imponen la rutina y el orden, tienen un efecto tranquilizador. Los cabos de amarre, en el pozo del ancla. A las ocho, un café. Las botas de agua, en la cabina de proa. Anotar la posición en el cuaderno de bitácora a intervalos regulares. Escuchar la previsión del tiempo por la radio. Arriar la bandera al atardecer. Guardar el móvil en el horno cuando amenaza tormenta.

La supervivencia pasa por la rutina. Si la situación se tuerce, más vale saber dónde está cada cosa. De lo contrario, los pensamientos se agolpan sin orden ni concierto. Acabas pensando en todo a la vez. En las nubes, el horno, el café, las botas, la bandera. En el cuaderno de bitácora, en los cabos de amarre y en tu hija, que duerme en el camarote.

Quien deja de pensar con lucidez queda a merced del mar.

2

Hace cuarenta y cuatro horas que zarpamos de Thyborøn. Nos separa una distancia de doscientas treinta millas náuticas. El largo viaje hasta aquí ha dejado de tener importancia. Ahora sólo se trata de mantenerlo todo intacto.

Por el momento el barco sigue entero. Está hermoso, con la cubierta perfectamente ordenada y las velas henchidas de orgullo. La cabina tiene la altura justa para poder ponerme en pie. Contemplo el mar a través de las portillas, como si formase parte de él. Como si lo atravesara a nado.

La cabina es tan pequeña que con mal tiempo llego a agarrarme con las manos y los pies. La cocina se encuentra a babor. Un fogón y, debajo, un horno instalado de tal modo que a cada ola se balancea hacia delante y hacia atrás, manteniendo el equilibrio como cualquier marinero que se precie. De esta manera es posible hacer la comida incluso en días de tormenta.

El olor me resulta de lo más familiar. Soy capaz de encontrar a ciegas lo que haga falta: las cartas náuticas en la mesa de cartas, el gancho con el traje salvavidas. Si en algún momento cayera al agua, el mono rojo acolchado e impermeable habría de mantenerme más o menos una hora con vida. Siempre ha estado en la cabina de proa. Lo he cambiado de sitio por María. Tenía pesadillas. Soñaba que un cadáver se mecía junto a su cama.

Los niños apenas distinguen entre el sueño y la vigilia. Ojalá les sucediera lo mismo a los adultos. Para mí, la realidad puede ser un sueño. Y viceversa.

La primera noche en el mar, María se presentó de repente en cubierta, una sombra.

—No puedo dormir. Oigo crujidos y ruidos raros—me dijo.

—A mí también me pasa siempre la primera noche—le contesté.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Mañana. Ahora vuelve a la cama. Cuando se está en el mar, el descanso es muy importante.

—Pero primero tienes que quitar ese cuerpo muerto, ese trasto que cuelga por ahí. Me da mucho miedo.

—Ahora voy.

Retiré el traje salvavidas del gancho y me lo llevé a otro lado. Luego acompañé a María a la cabina de proa. Tras arroparla bien entoné las nanas que le cantaba cuando era un bebé. Al final se quedó dormida.

Aquella noche sólo se despertó una vez más.

María es una niña fuerte. No se asusta fácilmente. O en todo caso no siente los temores de los adultos, esos que nos atormentan. El miedo de los niños es diferente. No hace falta gran cosa para ahuyentarlo. Se parece a una luz que se enciende y se apaga: basta con cantar una canción o inventar un cuento para que se duerman con una sonrisa.

El verdadero miedo no aparece hasta más tarde.

Ahora ella duerme y yo tengo que combatir mis propios temores. Debo mantener la calma. Si consigo estar tranquilo, María también lo estará. Así es como funcionan los niños.

Salgo de la cabina, agarro el timón y contemplo el mar y la noche. Las nubes de pizarra van bajando, me recuerdan a un batallón de soldados. El panorama no resulta nada alentador. Habrá tormenta, de eso ya no me cabe la menor duda.

Le dejaré preparado el chubasquero, por si se despierta y se dispone a salir de la cabina de proa. Debo explicarle que el último tramo del viaje se complicará un poco. El barco dará bandazos. No podré evitar que se escore, tendrá que asirse bien. Confío en que lo comprenda. Querrá saber si se va a marear.

Afuera hace frío. Examino el cielo. Debo tomar una decisión. Navegar con mal tiempo es peligroso. El temporal puede arrastrarme hacia uno de los bancos de arena que acechan por todas partes, invisibles, como ballenas dormidas. Me fijo en la carta náutica, en los bajíos, los pasos, los bancos y la isla cercana. Y en la ingente cantidad de naufragios.

Quiero volver a casa.

No puedo hacer esperar más a Hagar. Debe de estar preocupada; seguro que echa de menos a su hija. Y tal vez también me eche de menos a mí. La

deseo como no la he deseado en mucho tiempo.

Debería estar agotado, pero no noto ningún cansancio. Después de pasar dos noches sin dormir siento una lucidez de la que no me puedo fiar. Me siento demasiado bien. Me encuentro con demasiada fuerza. No puede ser tan fácil. Lo veo todo, aunque sea a través de una ventana de plexiglás rayado. Me apercibo de todo. Me acuerdo de todo. En casa no soy nada previsor, aquí no hago otra cosa que anticiparme a los acontecimientos. Guardar el móvil en el horno. Hacer anotaciones en el cuaderno de bitácora. Decidir. Jugar al ajedrez en plena mar. Con María a bordo llevo conmigo una ofrenda inestimable.

Esta noche he oído la voz de una niña. No era la voz de María. No se la oía bien, pero ahí estaba. He salido a cubierta y he recorrido la estela del barco con la mirada, pero no había nadie. Quizá lo que he escuchado era la voz de mis propios pensamientos.

Basta ya de tanto pensar. Debo seguir la rutina, tomar una decisión. Aguardar la tormenta en el mar o navegar rápidamente a casa.

Me decido.

«Vamos a esperar aquí—me digo en voz alta—. Dejaré de navegar y en caso necesario echaré el ancla. Seguiremos en cuanto claree. Es importante no cometer errores al final del trayecto. El cansancio está ahí, aunque no se note. Uno acaba escuchando voces y viendo cosas que no hay. No puedo bajar la guardia. Debo cumplir mi promesa».

Las nubes flotan tan bajas que no se distingue la punta del palo mayor. El mar se extiende inmóvil. No necesito agarrarme, el barco contiene el aliento. El agua parece hormigón sólido. Las nubes han aplastado el mar y absorbido el viento. Las velas cuelgan, inertes, de sus relingas. Debo arriarlas y encender el motor. Para cuando se desate la tormenta. Aun así tardo un buen rato en poner manos a la obra.

Primero me quedo mirando las islas. Están cerca. Las veo: pequeñas colinas en medio del agua. Manchas oscuras sobre un fondo algo más claro. Como si una mano infantil las hubiera recortado en cartón negro para luego pegarlas sobre la noche.

Ahora todo está tranquilo, pero dentro de nada se levantará el viento.

Sí, es lo mejor: seguir en el mar, esperar a que el viento llegue y vuelva a aflojar. Por aquí mi barco tiene margen de maniobra. Por aquí puede dar vueltas como una peonza sin riesgo de encallar. Si el barco embarrancara

estaría perdido. Llegado a ese punto los cachones lo auparían cada vez más, y tan pronto como estuviera destrozado del todo las aguas descenderían en busca de un nuevo botín.

Vislumbro cinco faros. Uno en cada isla. Sus luces giran impasibles, por no decir ansiosas. Cinco fuegos fatuos ávidos por atraer mi barco. Ven, dicen. Ven aquí. No, no, aquí. En esta isla se está mejor que en aquella otra.

En cada faro hay un vigilante. Sé que me observan con sus radares y sus prismáticos. Es muy probable que hayan realizado una captura de pantalla: un punto y junto a él el nombre de mi barco. «*Ismael*, yate de vela, *call sign* PB3356». Quizá se acompañe la imagen de una nota para el cambio de turno. Un apunte escrito en una nota adhesiva amarilla. A lápiz, de modo que se pueda borrar: «Pequeño yate a escasa distancia del estrecho de Stortemelk. Vigilar».

Hay que anotar cualquier anomalía. Los fareros lo saben bien.

3

Al comprobar que el barco no se mueve, a tan escasa distancia de la isla, el vigilante de turno me preguntará por radio qué pienso hacer. En ese caso, ¿qué hago? ¿Respondo a la llamada o no?

Después de permanecer invisible durante cuarenta y cuatro horas, el mundo me observa de nuevo, empleando todos los medios a su alcance. Faros, radares, prismáticos, luces de enfilación, visores nocturnos, boyas, radio, teléfonos móviles. La vista de águila de los fareros. Me atraen hacia tierra firme con ayuda de unos alambres inalámbricos. Quiera o no. Entre todos me sacan del agua, así de simple. Y si ellos no lo consiguen, ya se encargará la pleamar. Dentro de poco tirará de mi velero, pilotándolo entre las islas de Terschelling y Vlieland. Las aguas lo arrastrarán por los canales y los estrechos. Como debe ser. No se puede navegar toda la vida; llega un momento en el que lo reclaman a uno en tierra. Eso es lo que he acordado con Hagar: le he prometido que volvería.

Si falto a mi palabra, remolcarán mi barco hasta el puerto. De vuelta a las personas y sus quehaceres. Los barcos se hacen a la mar, pero al final regresan a puerto. Así es como funciona el mundo. Si los barcos se quedan fuera es porque han naufragado.

En cualquier caso, ya he pasado muchos días en el mar. Es suficiente.

Hablé largo y tendido con Hagar sobre mi deseo de llevar a María conmigo. «Quiero enseñarle algo a mi hija—le expliqué—. Quiero hacerle ver que se puede vivir de otro modo. Que nadie tiene por qué convertirse en una marioneta. En un muñeco movido por los demás, las circunstancias, el decoro o lo políticamente correcto. O lo que sea. Quiero mostrarle que existe otro mundo, regido por otras reglas. Quiero enseñarle cómo se vive en el mar».

Si bien a mí aquellas palabras me sonaron un tanto exageradas, lo cierto es

que surtieron efecto. Durante un tiempo, Hagar se opuso a mi plan. Hasta que de repente cedió.

Me dijo: «No te hagas el interesante. Déjate de marionetas. Confiesa de una vez que quieres irte a la aventura con tu hija. Lo comprendo perfectamente, ¿sabes?».

Hagar, la madre. Mi mujer. Está cerca. Podría llamarla ahora mismo o enviarle un mensaje. Con la cantidad de antenas que hay en los faros debe de haber alguna de telefonía móvil.

Podría sacar el teléfono del horno, pero tiene muy poca batería. No lo he apagado en todo el viaje pese a estar sin cobertura. No hacía ni una hora que habíamos salido del puerto de Thyborøn cuando la pantalla pasó a NO SERVICE. Aun así no lo apagué. Quizá por pereza. No ha sido demasiado inteligente por mi parte.

A veces uno hace cosas aun cuando sabe que es mejor no hacerlas. Se hacen porque sí. No es la primera vez que me pregunto cómo se explica eso.

Ocurre que hago un as de guía sabiendo positivamente que no va a aguantar. Pero ahí lo dejo. Y cuando se suelta la culpa es mía. El nudo lo he hecho yo. Mientras se deshace me digo: «¿Ves? No estaba bien. Te lo dije». Pero al poco tiempo vuelvo a las mismas.

Me meto de nuevo en la cabina, abro el horno y saco el móvil. Hay cobertura. Veo una lucecita roja y escucho un ruido: un SMS, un correo electrónico, un mensaje de voz. Me gustaría apagar el teléfono para no tener que acordarme de casa, ese lugar donde no se hace otra cosa que intercambiar SMS, correos y mensajes de voz, donde parpadean millones de lucecitas en millones de teléfonos móviles.

Miro la pantalla.

Entre la lista de SMS hay uno de mi mujer. Es el único que abro. El mensaje se envió cuando llevábamos ya tres horas fuera del puerto de Thyborøn.

De: HAGAR

¿Todo bien?

Bss H.

La pantalla se llena de gotas que entran por la escotilla. Más que lluvia

parece niebla. Subo los escalones y me asomo al exterior. El barco se halla envuelto en una fina niebla. El mar es una balsa. Ya no distingo la isla, pero sí la luz del faro. Es una luz tenue. Como si alguien estuviese agitando una lámpara de aceite.

Me quedo mirando la pantalla del móvil. Escribo un SMS.

Para: HAGAR

10 millas al norte de Tersch.

Esperando a que amanezca.

Todo bien a bordo, lluvia,

llegaremos Harlingen aprox. 12:00 h.

Nos lo estamos pasando bomba.

Bss.

Enseguida recibo una respuesta. Hagar debe de haber dejado el móvil en la mesilla. Habrá pasado la noche en vela, esta última y la anterior, haciendo como que leía, con un ojo en el teléfono por si llegaba un mensaje mío. Inquieta, se habrá puesto a leer un libro para aplacar sus preocupaciones con una historia ajena a la nuestra. Me pregunto si lo ha conseguido.

Hagar se hace la valiente, pero no siempre es tan fuerte como parece. En adelante habré de tenerlo en cuenta antes de poner en práctica mis planes.

No pienso bien las cosas.

Y cuando las pienso ya es tarde. Como con el as de guía.

Si quiero cualquier cosa, si quiero navegar con María por el mar del Norte, lo hago. Rebato los argumentos de Hagar y de quien sea con lo primero que me viene a la cabeza. Quería llevarme a María. Padre e hija. De Dinamarca a Holanda, de Thyborøn a casa. Cuarenta y ocho horas lejos del mundo. Sí, era un plan estupendo. ¿Existe algo mejor que navegar con tu hija por el mar del Norte? Todo ha ido bien, ha sido muy bonito, pero esas cosas no se saben de antemano. Eso se sabe después. A decir verdad, yo ahora también siento alivio.

Hagar se propuso no ser un incordio. No quería ser una de esas madres que se pasan el día dando la tabarra. Que ven el peligro por todas partes. Que tienen miedo a que el abrigo se les manche de barro.

Y cuando Hagar se propone algo lo cumple a rajatabla, aunque le toque

sufrir; las decisiones están para respetarlas.

María no deseaba otra cosa más que hacerse conmigo a la mar. Trato de imaginarme la despedida. Fácil no fue, seguro. Hagar haciéndole la maleta a María. María correteando por el salón sin dejar de gritar «¡Me voy con papá, me voy con papá!». El momento de tener que llevarla al aeropuerto.

Y de vuelta en casa, la soledad.

Hagar debió de pasarlo mal aunque nadie se lo notara. Quizá siga pasándolo mal ahora. Puedo llegar a comprenderlo. Me ha entregado a su hija, a mí, su marido. Ha cedido su bien máspreciado a alguien en quien confía, pero que tampoco sabe de antemano cómo saldrá todo, el padre y la hija, juntos en el mar. Hagar debe de tener la sensación de haber introducido a su hija en una botella y haberla arrojado a las olas en la costa de Dinamarca. Un mensaje en una botella, del que se espera que arribe a alguna parte.

Su hija se encuentra en el mar, fuera del alcance de sus brazos y sus ojos. Seguro que le ha entrado fiebre. La conozco, estará tomando paracetamol contra el dolor de cabeza. Basta que María se quede una noche a dormir en casa de una amiga para que a Hagar le duela la cabeza.

Es demasiado tarde para sentirme culpable. Me he llevado a María. Ahora tengo que asegurarme de que haya merecido la pena. Debo demostrar a Hagar que no tenía por qué preocuparse.

Un padre no puede comprender el apego que una madre puede sentir por su hija. Cuando se trata de los hijos, las madres no piensan como los padres. Desde pequeña, Hagar albergaba el firme propósito de ser madre. Guardó los muñecos con los que ella misma jugaba de niña para María. Ahí está el secreto materno: cuando una madre le regala un muñeco a su hija, la hija sueña con tener muñecos, con tener hijos, y las hijas acaban teniendo muñecos a su vez. E hijas con muñecos. Así es como se van enlazando las generaciones.

Aun así me empeñé. He llevado conmigo a mi hija. También fue una decisión. Y cuando se toma una decisión hay que respetarla. Ha sido una decisión acertada. Nos lo hemos pasado estupendamente, en un estupendo mar del Norte. Mira, allí está la isla de Terschelling.

«Estamos llegando a casa—me digo—. Lo único que hace falta es un poco de sentido común. A ver qué hacen esas nubes. Y ya está».

Oigo el móvil. Un SMS.

De: HAGAR
Me alegro.
Disfruta.

4

El barco comienza a balancearse. El traje salvavidas se mueve despacio de un lado a otro del tabique de madera del que permanece colgado. Debe de ser el viento el que produce el balanceo. Al fin ha hecho acto de presencia.

Guardo el teléfono móvil de nuevo en el horno y salgo a cubierta. Por detrás pasa un buque de cabotaje; una sombra con luces de navegación. No lo había visto. Tengo que estar más atento. Debo cumplir con la rutina: comprobar cada diez minutos si hay otras embarcaciones.

El agua ha dejado de ser una balsa, comienza a agitarse. En la superficie aparecen ondas, como cuando frunzo el ceño. No debo olvidar que esto es una maravilla y que el viaje ha sido un éxito. Debo almacenarlo todo en mi cabeza para no olvidarlo jamás. María y yo. Falta poco para que amanezca. Falta poco para que mi cansancio se disipe en la luz. A partir de ese momento volveré a ver y a pensar con claridad.

Sobre el horizonte se extiende un fino crepúsculo. Ahí es donde termina la noche. Ni siquiera las nubes son capaces de cerrar el paso al amanecer. Tan pronto como vuelva a brillar el sol despertaré a María. Le prepararé una rebanada de pan blanco con fideos de chocolate. Le mostraré las focas en los bancos de arena ya secos. Le cederé el timón, y entre risas gobernará el velero hasta Harlingen. Que no se me olvide izar la hilera de banderines que metí de cualquier manera en uno de los armaritos a estribor. Así el barco lucirá un aire festivo cuando entremos en el puerto entre los espigones: festivo y orgulloso e impávido. Ah, y tengo que peinar a María y recogerle el pelo con una goma. Quizá también debería lavarle la cara. Quiero que esté impecable. Radiante.

De pie en la bañera me doy cuenta de que las nubes ovaladas han desaparecido. Se han entrelazado hasta formar una masa plana de color gris oscuro que destaca sobre la noche. De la masa emerge una cúpula, como una

cabeza enorme. La nube se enrosca sobre sí misma. «Es una nube de rodillo—me digo—. Ahí dentro está el temporal».

Comienza a llover. Las gotas caen del cielo con tal fuerza que abren pequeños cráteres en el mar. Un mar picado de viruelas. Sobre el agua flota una bruma de gotas. Debo cerrar la escotilla antes de que se moje todo. Va siendo hora de afrontar el mal tiempo. El viento irá a más. Debo prepararme.

Retiro el traje salvavidas del gancho y me lo pongo. Con el chaleco encima. Salgo a cubierta agachando la cabeza para protegerme de las gotas, que caen con fuerza. Recojo la vela de proa, arrío la vela mayor y la ato a la botavara, estirada como un cigarrillo. Me quedo a la espera. No importa que el viento sople con fuerza, sirve de apoyo al barco. Lo malo son las rachas. Siempre resultan peligrosas. Tras una breve calma irrumpen sin contemplaciones.

Las conozco bien. Caen de las nubes con brusquedad, se agarran al palo mayor y hacen que el barco se escore. No pasa nada siempre y cuando uno esté preparado. Me sujeto con un cabo para no terminar dentro del mar. Trato de imaginarme qué se siente, las negras aguas, el frío que penetra poco a poco en el traje salvavidas; la soledad debe de ser inmensa. No hay más remedio que entregarse.

Entre el estruendo de la lluvia oigo llegar la tormenta. Por delante y por detrás a la vez. Creo vislumbrar un relámpago, pero también puede ser el reflejo de la luz del faro en el palo mayor. La vela de proa se agita ruidosamente, a pesar de que la he atado muy bien. El viento se abre camino entre los estayes y el palo mayor; el barco comienza a cantar.

Oigo una voz. Es la radio. El auricular se encuentra en el exterior, de modo que no necesito entrar en la cabina. En el mar todo el mundo escucha la radio, aunque sólo sea para estar al tanto de la previsión del tiempo.

La voz me llama. Ajusto el volumen y descuelgo para contestar.

—Yate de vela *Ismael*. Yate de vela *Ismael*. Yate de vela *Ismael*. Aquí la central de tráfico marítimo Brandaris. Cambio.

Es el farero de la isla de Terschelling. Imagino que me habrá visto y que querrá saber qué pienso hacer.

Tras dudar un momento contesto.

—Brandaris, aquí *Ismael*. Cambio.

—Hola, *Ismael*. Le estamos siguiendo en el radar. Hace un buen rato que

no se mueve. ¿Hay algún problema? ¿Cuáles son sus planes? Cambio.

—Bueno..., Brandaris. Nos vamos a quedar aquí. Hasta que se haga de día. No se ve nada a causa de la lluvia. Por lo demás, todo bien a bordo. Cambio.

—*Ismael*, aquí Brandaris. Entendido. Pero debemos advertirle que el lugar donde se encuentra ahora no es el mejor para un yate como el suyo. Hay muchos bancos de arena. Podemos ayudarle a entrar en puerto. Cambio. Sin peligro alguno. Podemos guiarle de boya en boya mientras le seguimos en el radar. Cambio. Si le parece. Cambio.

—Brandaris, no, no, gracias. Por ahora no. Voy a esperar a que amanezca. Ya llegaré. ¿Qué tiempo vamos a tener? ¿Va a hacer mucho viento? ¿Y cómo está el nivel del agua? Cambio.

—*Ismael*, ¿de dónde viene y adónde va? Cambio.

—Brandaris, hemos salido de Thyborøn, Dinamarca, y vamos a Harlingen. A casa. Cambio.

—¿Cuántos pasajeros a bordo?

—Dos, Brandaris. Mi hija y yo.

—Entendido, patrón. Dos personas. De Thyborøn a Harlingen. Y de momento se va a quedar donde está. Por ahora no hay tráfico. Más tarde saldrán los pescadores. Habrá que estar atento. En cualquier caso le seguiremos por el radar. Llámenos si necesita ayuda. Buen viaje, patrón. Brandaris. Cambio y corto.

—Gracias, Brandaris. Eh..., Brandaris... ¿y el viento? ¿Cuáles son las previsiones?

—*Ismael*, le informo. Viento con fuerza de entre cuatro y cinco, nortee-noreste, rolando hacia el sureste, más tarde variable. Se esperan rachas de cuarenta nudos. Puede que el mar se agite un poco, patrón, pero al rato se calmará.

—Gracias, Brandaris. Buena guardia. *Ismael*. Cambio y corto.

5

María duerme plácidamente en la cabina de proa. Tiene siete años. Cuando no está dormida hace preguntas, como todos los niños. Al ver un barco cisterna en el horizonte pregunta qué transporta. Y por qué se llama barco cisterna. Quiere saber por qué una torre de perforación perfora. Pregunta si existen barcos patrulla y por qué uno se marea y vomita cuando navega por el mar. Quiere saber cuántas veces he vomitado yo y si da asco. Pregunta si ella también vomitará. Y si después de vomitar a uno le entra hambre.

Siempre contesto, aunque a veces ignore la respuesta.

Antes de salir de Thyborøn, llamé a Hagar y le conté que María no paraba de hacer preguntas. Hagar me respondió que era una cuestión de supervivencia.

Ella: «Se aferra a tus respuestas. Si no hace preguntas, se pierde. Es una niña. No lo olvides. Los hombres no entienden de estas cosas. Creen que los niños son tan adultos como ellos».

Yo: «Hace preguntas porque quiere saber. Lo hacen todos los niños. Así es como aprenden».

Ella: «No lo entiendes. A diferencia de nosotros, los niños no desarrollan un pensamiento lógico. Aún tienen que aprender a pensar con lógica. Y somos nosotros quienes debemos enseñárselo. Hay que partir de la idea de que los niños están medio sordos y medio ciegos. Avanzan a tientas».

Yo: «Eso no es sólo cosa de niños. A mí también me pasa. Todos estamos medio ciegos y medio sordos, aunque no queramos admitirlo».

Siento cómo el viento arrecia. El barco empieza a dar bandazos, como si alguien lo levantase tirando del palo mayor y luego lo dejara caer sobre el

agua, una y otra vez. El mástil se estremece. Las drizas golpean el aluminio: ¡zas, zas, zas! De pronto hay mucho ruido.

De las arrugas, ni rastro. Las olas crecen. Olas afiladas, puntiagudas. Abofetean el barco. Las velas permanecen plegadas. Debería encender el motor, pero no lo hago.

De un momento a otro comienza a granizar. El granizo cae a toneladas del cielo y se hace añicos sobre la cubierta. Flota en el agua, a modo de pequeños icebergs, hasta que finalmente se derrite. El mar luce el color verde de las algas. Los matojos de hierba de mar se adhieren al casco de mi velero como queriendo ponerse a salvo.

El viento sopla con fuerza, aunque sin rachas.

«¿Y las rachas a qué esperan?».

Entro en la cabina, doy ocho pasos al frente y abro con cuidado la pequeña puerta de madera que da acceso a la cabina de proa. Temo que María se haya despertado con el granizo y los estremecimientos del palo mayor. El barco se ha convertido en una caja de resonancia, los granos saltan por la cubierta como canicas. Dentro se siguen escuchando los golpes de las drizas contra el palo: ¡zas, zas, zas!

Seguro que María está despierta.

Me habría llamado si se hubiera despertado. Si le hubiera entrado miedo. No la he oído. Puede que no la haya oído a causa del granizo. Quizá estuviera absorto en mis pensamientos, o demasiado ocupado con la radio. Quizá se ha despertado y ha vuelto a dormirse enseguida.

Al abrir la pequeña puerta percibo el olor de María. Hace calor dentro del barco. Como nunca. ¿A qué viene tanto calor? Tengo náuseas. Debe de ser el cansancio. No, es por el traje salvavidas. Estoy muy acalorado. Como cuando tengo fiebre. El sudor me cae por la espalda. ¿A quién se le ocurre ponerse este traje? Por una simple granizada. Y para mi propia tranquilidad.

«Será mejor que me lo quite».

Me quito el traje salvavidas y asomo la cabeza a la cabina de proa. Ahora el sudor también me resbala por las mejillas. ¿O son las gotas del granizo que se ha ido derritiendo sobre mi cabeza?

La cabina de proa está a oscuras. Busco el interruptor de la luz, pero no lo encuentro. ¿Cómo es posible? Si después de tanto tiempo con el barco sé encontrarlo todo a ciegas.

El barco se balancea. Con una mano me agarro al marco de la puerta y con la otra exploro la oscura cabina de proa. Sé cómo duerme María. Con el pulgar en la boca, abrazada al oso polar de peluche que le regalé antes del viaje. No me dejó en paz hasta conseguirlo. Vendían el peluche en un supermercado de Thyborøn. En realidad parece un conejo más que un oso polar. Un osito polar con ojos de conejo. Dije: «Ya tienes ciento cincuenta peluches, no te lo pienso comprar». Pero María sabía que acabaría cediendo. Era cuestión de insistir. Y al final se lo compré.

Los padres cedemos con mayor facilidad que las madres. Las madres tienen la certeza de que sus hijos les profesan un amor incondicional, y pueden permitirse ciertas cosas. Los padres, en cambio, tienen que ganarse a sus retoños. Les compran ositos polares por si eso ayuda.

En los últimos días el oso de peluche ha sido el punto de referencia de María en el mar. No lo suelta por nada en el mundo. Lo llama Flappy.

—Flappy es nombre de conejo—dije—. Así se llaman los peluches que tienen las orejas muy largas.

—A partir de ahora también es nombre de oso polar—replicó.

El sudor me resbala por la frente hasta llegar a mis ojos. Me lo seco con la mano.

María está escondida debajo de la ropa de cama—ella también debe de tener calor—. Recorro la manta con la mano derecha. No veo nada. Seguro que está sudando tanto como yo, pero al estar dormida no se da cuenta. Muevo la mano por debajo de la manta. Sólo necesito sentirla un momento. No voy a despertarla. Debe de haberse enrollado como un erizo. Quiero tocarle la pierna, el brazo, la espalda, quiero oírla respirar tranquilamente, tranquila como una niña. Quiero acariciarle la mejilla. Es lo que hago cada noche en casa antes de acostarme. Estoy convencido de que, gracias a eso, duerme mejor.

Cuando María se despierte, saldrá sola de la cabina de proa, entre bostezos. Se pondrá un jersey. Con ojos acuosos me preguntará si falta mucho y yo le contestaré: «Estamos llegando». Atravesará el barco, pasando junto a la cocina, y subirá a cubierta. Se llevará un susto al ver el granizo y los nubarrones; le pondré su impermeable, le serviré un vaso de leche y le diré que se quede con Flappy en la cabina, calentita. «Luego llevarás tú el timón—

le diré—. Cuando deje de granizar y ya no llueva. Cuando el cielo se despeje, el sol inunde el barco y veamos aparecer el puerto de Harlingen a la luz del verano».

En cuanto amaine el viento encenderé el motor, descolgaré el auricular de la radio y pediré al farero que me guíe. Entre los bancos y los espigones, hasta el estrecho de Stortemelk. Después es fácil. Prepararé chocolate caliente, desplegaremos las velas y, aprovechando la marea alta, dejaré que María lleve el barco hasta Harlingen, al encuentro de Hagar.

Izaremos todas las velas que se puedan izar.

Será el regreso a casa más bonito que se haya vivido nunca. Hagar nos estará esperando, feliz, de pie en el embarcadero. Una mujer aguardando la llegada de su esposo y su hija, que vuelven del mar. Antes de atracar le gritaré: «¿Ves como tenía razón, Hagar? Lo hemos conseguido. Y la niña se lo ha pasado muy bien, ¿no es así, María? Le ha encantado. Nos acompañó un delfín, ¿verdad? Iba dando saltos junto a la proa, fue fantástico, le hemos hecho cientos de fotos. Para que veas, Hagar. ¡Y María se ha bañado en el mar del Norte! El agua tenía cuarenta metros de profundidad, pero no estaba nada fría, ¿verdad, María? ¡Y lleva el timón como nadie! ¡Nos ha traído directos a casa!».

Prepararé un álbum con las fotos del viaje, elegiré el más grande y el más caro que encuentre.

El barco se mueve. De izquierda a derecha.

Quiero acariciarle el brazo a María, o la pierna, para tranquilizarla. Introduzco la mano debajo de la ropa de cama en la oscura cabina de proa y la deslizo de un lado a otro, pero no hay nadie. Qué extraño. El barco se mueve tanto que debo agarrarme fuerte para no caer. Estoy bañado en sudor. Hago otra prueba. Revuelvo la ropa de cama, la saco de la cabina y me subo al colchón. No hay nadie. María no está. Ha desaparecido, y el osito polar también.

6

Thyborøn no se había molestado en ponerse guapo de cara al verano. Es un pueblo danés. Los pueblos daneses son tan tranquilos que parecen haberse petrificado. Yacen inmóviles bajo una capa de barniz brillante. Como si ya no hubiera motivo para ser de otro modo.

Aunque llevaba una semana en el puerto, no me saludaba nadie. En cualquier caso, me daba igual. Había pasado tres meses navegando por el mar del Norte y el Atlántico. En solitario. La travesía había mermado mi afán de contacto hasta apagarlo del todo. ¿Qué iban a aportarme las conversaciones portuarias? Los temas de siempre. Gentes cortadas por el mismo patrón. Nada digno de ser recordado.

En el puerto de Thyborøn me dejaban en paz. Era una sensación agradable. Traté de imaginarme cómo sería vivir allí. Un lugar en el mundo donde nadie se mete en la vida de nadie. ¿Por cuánto tiempo? Si uno se queda, la gente acaba inmiscuyéndose. Me había pasado en otros puertos. Aun cuando hacía todo lo posible por no llamar la atención, al final se fijaban en mí. Comenzaban a hablarme, muy a mi pesar. Querían saberlo todo: de dónde venía, cuándo había salido de casa, si viajaba solo y cómo me las arreglaba en el mar, si no era agotador y peligroso gobernar un velero en solitario, si me apetecía subir a bordo y tomar una cerveza... para terminar comiendo juntos.

Aquello me cansaba sobremanera. Tanto que empecé a evitar los puertos. Era preferible soltar el ancla en medio de una cala. Busqué refugio en decenas de ellas, a la mayor distancia posible de la orilla.

Apenas necesitaba bajar a tierra. Si realmente no había más remedio, me acercaba en mi bote de goma gris. Mi bote de las compras. En los pueblos y en las tiendas me limitaba a decir lo mínimo. En cuanto te pones a hablar, la gente te corresponde.

Entré en el puerto de Thyborøn para recoger a mi hija. Thyborøn era la última escala antes de regresar a casa. La perspectiva de que María fuera a acompañarme durante los últimos días del viaje me llenaba de alegría. Navegar a vela con un niño no es lo mismo que hacerlo con un adulto. Los niños aún perciben la vida como una aventura. Todo les resulta nuevo. Nada les parece extraño. Si tú le dices a un niño que navegar unos días por el mar del Norte es lo más normal del mundo, el niño lo verá así. Como cuando va en tren. O en coche a la ciudad.

Lo único que había echado de menos durante los tres meses en el mar era el calor de María y de su madre. Lo demás me daba igual.

De modo que puse rumbo a Thyborøn.

Al volver del mar, uno tiene la impresión de que Thyborøn está hecho de piezas de Lego. Un modelo a escala concebido por un amante del orden. Del pueblo sobresalen finas chimeneas. Al ser la tierra tan baja y tan llana, incluso parecen más altas de lo que son en realidad. Los tres conductos de mayor altura humean como aras de sacrificio. Están pintados de celeste, de manera que apenas destacan sobre el cielo.

Las chimeneas son de gran utilidad para el navegante. En el vacío plano e interminable de la costa danesa resulta difícil dar con el acceso al puerto. Nada mejor que guiarse por las chimeneas y los molinos de viento. Alrededor del pueblo, en círculos cada vez más amplios, se eleva un bosque de molinos. Torres etéreas que despliegan sus blancas aspas a modo de fuegos de artificio. Llenan los campos, reunidas en grupos, como un cultivo cualquiera. Su número sigue creciendo. El norte de Dinamarca es un gran vivero de molinos de viento.

En Thyborøn, la gente vive de la pesca, la arena y la gravilla; lo extraen todo del mar. No hay otra razón para estar allí. Más que una ciudad es un pueblo grande. Las calles siguen una pauta fija en forma de media luna. Las fábricas y las casas tienen el color de la tierra.

Los lugareños también tienen el color de la tierra. También parecen hechos de piezas de Lego. Jutlandeses. Hablan poco. Viven su vida. En Thyborøn sienten apego por el *statu quo*. Los pescadores pescan como siempre, pero ya no tienen espíritu aventurero. Siguen construyendo barcos de proa alta, a la medida de las olas del mar del Norte. Siguen echándose a la mar antes de que

salga el sol. Los pescadores son igual de intrépidos que antes, cuando saqueaban las pesquerías de Inglaterra, Islandia y Noruega a bordo de sus bergantines. De eso no cabe la menor duda. Sólo que ha dejado de ser un modo de vida.

La intrepidez ya no les hace falta, les va razonablemente bien sin aventura.

7

Con el barco amarrado en el puerto de Thyborøn, repasé mi travesía. Tres meses conmigo mismo, con mis pensamientos, con mi barco y con el mar. Todo había ido tal y como me lo había imaginado.

En la oficina hablaban de mi «sabático». Llevaba quince años con ellos, y empezaba a notar que mis compañeros eran cada vez más jóvenes. Y yo cada vez más viejo. Los ascensos con los que había soñado nunca llegaron. Durante un tiempo me costó hacerme a la idea, hasta que el tema dejó de interesarme. Ya había pasado el momento de ser ambicioso.

Por supuesto, me habría encantado ser jefe de departamento, o incluso director adjunto. Tenía experiencia, empatía y paciencia de sobra. Me gustaba mi trabajo. El nacimiento de María no me quitó las ganas de trabajar. Seguía estando muchos días en la oficina hasta última hora de la tarde. Siempre había cosas que hacer. Siempre había algún asunto que tratar. Aun así me pasaban por alto cada vez que quedaba vacante un puesto superior. Al principio podía entenderlo. Hasta que los cargos ejecutivos empezaron a ir a los recién llegados. A colegas que no hacían horas extra como yo. Que no se entregaban al trabajo como yo. Tipos estilosos, en cochazos de lujo.

Comencé a huir de la oficina. Trabajaba cada vez más en casa. Cerca de María. Si hacía buen tiempo la sacaba de paseo al parque. Cuando llovía no salíamos. No me cansaba de mirarla mientras dormía. Hagar no se explicaba cómo me daban permiso para pasar tantas horas en casa. «Nosotros tampoco nos libramos de la crisis— solía decirle—. Simplemente, hay menos trabajo que antes».

Un día el jefe de personal me convocó a su despacho. Con la propuesta de que me concediera un respiro. Tres meses sabáticos, con sueldo íntegro. Él también se había tomado un descanso para recorrer Tailandia con su familia. A

sus espaldas había una fotografía en la que aparecía con su mujer y su hija en una playa. «No dejes escapar esta oportunidad—me aconsejó—. Antes de que te des cuenta nos reorganizan la oficina y entonces ya no se podrá».

La noticia se difundió rápidamente. Mis colegas sabían que llevaba años soñando con lanzarme al mar en un barco de vela; yo mismo lo había comentado muchas veces. «¿Por qué no sales a navegar?—me sugirieron—. Te lo mereces después de quince años. Seguro que te levantará el ánimo. Unos meses lejos del mundo».

«Tienes que hacerlo—me animó Hagar—. Siempre ha sido tu sueño. Ya me las apañaré yo sola. ¿Y lo tranquilas que vamos a estar sin ti? Llevas hablándome de la travesía en velero desde que te conozco. Éste es el momento».

Me pregunté si era sensato pasar tres meses solo en el mar. No podía correr riesgos. Había leído libros y diarios de navegantes en solitario que volvieron distintos a como eran antes. Algunos enloquecieron. Otros fueron incapaces de abandonar la vela y jamás regresaron a casa.

Según había aprendido en mis lecturas, el mar tenía un poder enorme. Aunque tal vez no dependiera tanto del mar como del navegante.

Si hubiera sido por mí, me habría llevado conmigo a Hagar y a María: una familia feliz al cobijo del barco. Muy unidos los tres. Pero a Hagar no le gusta el mar. No le gusta la imprevisibilidad ni la sensación de estar encerrada. Le parecía una aventura angustiosa, y me negaba a hacerle pasar por semejante trance.

María sí que estaba dispuesta a acompañarme. No quería que me fuese. Habíamos pasado tanto tiempo juntos desde su nacimiento que nos habíamos vuelto inseparables. No nos veríamos en tres meses.

«Tres meses no es tanto tiempo—le dije a María—. Te subirás a bordo en el último tramo. Navegaremos juntos a casa. Ése es el trato que he hecho con mamá».

Me lancé al mar en solitario.

Partí de Harlingen. Hagar y María me despidieron con la mano desde el embarcadero. Llevé conmigo todas mis preocupaciones y recuerdos, pero el sol hizo que palidieran al poco tiempo. Brillaba con fuerza, reflejándose en el agua.

Bordeé la costa inglesa, Irlanda, Escocia, y después de rodear las Orcadas

atraqué en Aberdeen. Pasando por una cadena de islas, rocas y playas. Era verano, pero incluso en verano las olas son altas y abruptas. Hay que acostumbrarse, y yo me acostumbré enseguida. El barco y el mar se hicieron amigos. Llegué a tener la sensación de que eran parte de mí.

Empecé a amar la soledad. Las noches, las luces, las horas frías entre las doce y las cuatro de la madrugada. Las calas sin otras embarcaciones a la vista. Las conversaciones conmigo mismo y con mi velero.

El resto de mi vida se difuminó. Primero la oficina. Sobre todo la oficina, y lo que allí se consideraba importante. El correo electrónico del *management team*, la calidad del café de la máquina expendedora, el posicionamiento con respecto a la competencia, la nueva página web, el tráfico generado por ella y los *business cases* que vaticinaban un tráfico mucho mayor. Los números. Las cifras de ventas, las horas trabajadas, las dietas. Las conversaciones con los clientes.

Nos pasábamos el tiempo conversando. Eso era la base de todo. Se acordaba una cita con un cliente para venderle algo. Durante esa cita se le contaba cualquier cosa sabiendo que él no se la creería y que, además, no cuadraba al cien por cien, pero aun así ninguna de las partes perdía la sonrisa en ningún momento, y al rendir cuentas ante el jefe de departamento se le aseguraba que había sido una conversación estupenda. Una conversación con muchas posibilidades. Fuente de un trato en potencia. Al cliente le pasaba exactamente lo mismo. También tenía interés en una buena conversación y en un acuerdo redondo.

Una actitud poco entusiasta podía hacer creer al jefe de departamento que la conversación había sido infructuosa. Y las conversaciones infructuosas incidían negativamente en la valoración anual. A final de año, todos los empleados recibían una evaluación: A, B, C, D o E. Las letras se correspondían con un aumento o una reducción del salario, conforme a la escala salarial y al convenio colectivo. La A y la B suponían más dinero, la C y la D se traducían en un recorte. Mejor no hablar de la E.

A mayor número de conversaciones estupendas, mayores probabilidades de obtener un aumento de sueldo. Por esa razón en la oficina se cerraban muchos tratos disparatados que, sin embargo, resultaban importantes de cara a la evaluación final.

Para el que se lo creía, aquello entraba dentro de la normalidad más

absoluta. Hasta que dejaba de verlo como algo normal. El jefe de departamento lo notaba enseguida. Al menor descuido, la gente se da cuenta. Quien deja de jugar, pasa a ser un peligro para los demás jugadores. Ya no pueden confiar en ti. Si eso ocurre, los demás te dan la espalda.

Eso fue más o menos lo que me pasó.

Al final, me daba por comparar la vida en la oficina con la vida a bordo de un barco. Uno termina centrándose en lo que ve, en lo cercano, en lo tangible. Lo demás carece de importancia. De pronto te encuentras con que la oficina se ha convertido en el centro del mundo. Y a poco que te descuides acaba siendo tu razón de ser.

No importa lo que se lleve a cabo en la oficina, lo que se produzca o se venda. Existe porque sí; un organismo nacido con un motivo concreto del que nadie se acuerda.

Desde el momento en que decidí tomarme un «sabático», mis compañeros prácticamente dejaron de hablarme. Aunque no paraban de hablar de mí.

Así fue como mi barco de vela se convirtió en el centro del mundo. Me perdí por el mar de Frisia, el mar del Norte y el Atlántico, y al cabo de tres meses sólo me acordaba de Hagar y María. Todo lo demás se había disipado en una fina bruma: la oficina, los tratos comerciales, las evaluaciones, los ingredientes inútiles de la vida.

8

María es mi hija, la única que tengo. Tiene siete años. Hasta que cumpla ocho no sabré cómo de pequeña es una niña de siete.

Las madres no quieren que sus hijos crezcan; los padres, sí. No ven el día en que sean lo suficientemente mayores para compartir cosas con ellos.

María tenía edad para navegar conmigo de Thyborøn a casa. Era lo que había acordado con su madre. Tan pronto como atraqué en el puerto, llamé a Hagar por teléfono. Creí que en el último momento impondría su veto. Que se inventaría alguna excusa, o que admitiría con sinceridad que era incapaz de soportar la ausencia de María. O quizá fuera a decirme que no le parecía normal que una niña de siete años navegase por el mar del Norte con su padre. Fuera como fuese, daba por hecho que Hagar se echaría atrás.

«En el barco me las apaño yo solo—le expliqué por teléfono—. Estoy acostumbrado. En realidad, María no tiene que hacer otra cosa que pintar y jugar con sus muñecas. Antes de que pueda darse cuenta, estará de vuelta en casa».

Sin embargo, no necesitaba convencer a Hagar para que me enviara a su hija. Hizo lo que habíamos acordado.

Compró un billete a Aalborg y llevó a María al aeropuerto. La azafata que estaba esperando a mi hija le colgó del cuello una funda transparente con los documentos de rigor. La funda ponía en grandes letras su nombre, su fecha de nacimiento y toda una retahíla de números de emergencia por si se perdía.

«No se preocupe—tranquilizó la azafata a Hagar—. Yo también soy madre. Todo irá bien. No sabemos de ningún niño que se haya quedado por el camino».

Hagar no quiso acompañar a María a Dinamarca, aunque yo se lo propuse.

Se negaba a ver cómo su marido y su hija partían juntos de viaje. No quería meterse por medio. «Te conozco—me dijo por teléfono—. Eres capaz de pedirme que me vaya con vosotros, y ésa no es la idea. No me apetece».

Nadie me conoce como Hagar. Por supuesto, le habría pedido que regresase con nosotros en barco si hubiese acompañado a María a Thyborøn. «Ya que estás aquí...», le habría dicho. Y también: «Sólo son cuarenta y ocho horas, ¿por qué no te vienes?, hazlo por María». Hagar sabía cuán persuasivo podía llegar a ser. No sería la primera vez que la convencía.

Y yo sabía por qué insistió en que me tomara un «sabático». Esperaba recuperar al hombre de antes, más alegre. Mejor padre. Y estaba dispuesta a todo por conseguirlo. Cuando llegaba a casa tras pasar un mal día en la oficina, Hagar trataba de animarme. Incluso sin que yo me diera cuenta. Aun así le costaba cada vez más levantarme el ánimo. La travesía en barco podría romper esa tendencia. Tal vez me dejara vía libre por eso. Envió a su hija como ofrenda, con la esperanza de que sirviera de algo.

María voló a Aalborg, adonde fui a recogerla. Salí de Thyborøn en un tren ómnibus que me condujo durante cinco horas por el silencio del norte de Dinamarca. Me tocó hacer unos cuantos transbordos y cambiar de tren a autobús. Apenas había otros pasajeros.

En el aeropuerto de Aalborg, María vino a mi encuentro en compañía de una azafata. Aún llevaba la funda de plástico al cuello. Le habían regalado una caja con un avión de Lego con piloto incluido. No la recordaba tan alta, pero a lo mejor era por las botas de goma. Tenían la suela muy gruesa.

Hagar se había esforzado: María lucía dos trenzas perfectamente recogidas en la nuca. Vestía el vaquero que yo le había comprado y al que ella se refería como «el pantalón de papi».

—Hola, papá—me saludó.

—¡María!—exclamé.

Los daneses me lanzaron una mirada llena de disgusto. Por eso exclamé de nuevo, en voz todavía más alta:

—¡MARÍA! Por fin has llegado, princesa.

Se echó a reír y me agarró de la mano.

Viajamos juntos a Thyborøn. Era un comienzo precioso. Teníamos todo el tiempo del mundo para hablar. Nos sentíamos más unidos que nunca. El

autobús atravesaba el paisaje siguiendo el estrecho de Limfjord, que se extendía al sol, perezoso y reluciente. El Limfjord recorre el norte de Dinamarca como una grieta. El agua fluye despacio de una costa danesa a otra, del Kattegat al mar del Norte, a cuál más salvaje.

«Quien sabe navegar a vela por el estrecho de Kattegat o el mar del Norte está preparado para navegar por donde sea», se solía decir en los puertos por los que había pasado durante la travesía. No tenía de qué preocuparme: prueba superada.

En el último trayecto de autobús íbamos solos. El conductor llevaba un uniforme azul marino; María concluyó que debía de ser capitán de barco. El conductor no dijo nada. Nos saludó con un gesto de la cabeza y revisó los billetes.

Nos sentamos en los asientos situados justo detrás de él.

—¿El capitán también sale a navegar?—quiso saber María.

—No—contesté—. Es capitán de bus. Va y viene por la carretera.

El conductor parecía un tipo simpático. Tenía el rostro sonrojado y un sinfín de capilares cruzaban sus mejillas; las cicatrices de un alcohólico.

Intenté contarle lo que íbamos a hacer.

—*From Thyborøn we will sail to Holland* [De Thyborøn navegaremos a Holanda]—le expliqué—. *Together* [Juntos].

—*Fisk?*—preguntó el conductor.

—No, no—le corregí—. *No fisk. We have a small sailing boat. We sail to Holland. Me and my daughter. It will take forty eight hours, if the weather is good. Do you think the weather will be good?* [*Fisk* no. Tenemos un pequeño velero, vamos a Holanda, yo y mi hija. Si hace bueno tardaremos cuarenta y ocho horas. ¿Usted cree que hará bueno?].

El conductor miró en el espejo retrovisor, de modo que podía verle los ojos.

—*Weather good for fisk* [Tiempo bueno para *fisk*]—dijo.

—Creo que *fisk* significa ‘pescar’, papá—observó María.

—Yo también lo creo—afirmé, antes de responder al conductor—. *Yes, maybe we will fisk. But only if the weather is good* [Sí, a lo mejor podemos *fisk*, pero sólo si hace buen tiempo].

—*Fisk good*—aseguró el conductor.

—*Good fisk*—dije—. *And good weather. I hope the sea is not too rough. Our boat is really small and I don't have time to sleep* [Buen *fisky* buen tiempo. Espero que el mar no esté muy agitado. Nuestro velero es pequeño y no tendré tiempo de dormir].

—*Yes. Yes*—se limitó a decir el conductor.

—*And her mother is of course a bit nervous, you know, about me and her going to sail on the North Sea together. You know about mothers, how they do. But she can manage. My little girl also, I'm sure. She likes to steer the boat. We will show her mother what we can do. Together, my little girl and I.* [Y su madre está un poco nerviosa, ¿sabe?; yo y la niña navegando juntos por el mar del Norte. Ya sabe cómo son las madres, cómo se ponen. Pero puede manejarlo. Y la niña también, seguro. Le encanta pilotar el barco. Le demostraremos a su mamá de lo que somos capaces juntos, mi hijita y yo].

—*Yes. Yes. Good fisk*—insistió el conductor.

María me tiró del brazo.

—Papi, creo que este señor no sabe muchas palabras.

Y más tarde me preguntó:

—¿Tienen pocas palabras en Dinamarca?

Durante el resto del trayecto, el conductor guardó silencio. María abrió su mochila, sacó un cuaderno y comenzó a dibujar un barco de vela con una niña dentro.

—Mira, papá, Pipi Calzaslargas.

Según Hagar, María era pequeña. «No deja de ser una niña. Depende de nosotros», repetía una y otra vez. Pero al observar a esa niña, sentada en un autobús entre Aalborg y Thyborøn, a mí no me parecía tan pequeña. Nada de lo que veía por el camino le resultaba desconocido o extraño. Sabía muy bien cuál era el plan.

Y todo apuntaba a que le apetecía. Pasar unos días a solas con su padre, el pirata. Sí, se creería Pipi Calzaslargas. Una niña capaz de cualquier cosa. En brazos de su papá, y del mar.

Mientras discutía con Hagar sobre el viaje llegué a decirle: «Tendemos a hacer a los niños más pequeños de lo que son. Los subestimamos. Empezando por ti. Los niños comprenden el mundo desde el día de su nacimiento, pero se

hacen los tontos. Y eso juega a su favor. Yo a veces me hago el tonto en la oficina. Es una buena estrategia».

Hasta que cumplió tres años, María apenas había articulado palabra; a la mañana siguiente, se soltó a hablar. Ese argumento bastaba por sí solo para avalar mi teoría de que los niños son más listos de lo que creemos. Son tan listos que consiguen burlarse del mundo entero.

Traté de explicárselo a Hagar, pero se lo tomó a broma. Se echó a reír. Cuando hablaba de María con Hagar, tenía la impresión de dirigirme a una fuerza superior. A la inquebrantable maternidad, el grueso muro de una fortificación. Se le notaba en los ojos. Le brillaban cuando hablaba de María. Como si se mofara de mí y de mi ingenuo mundo.

No tenía sentido enfadarse. No había nada que hacer. Las madres nos llevan ventaja, una ventaja inalcanzable, al menos a padres como yo. En asuntos de niños, no parecen dudar jamás. Y de hecho no dudan. Madre e hijo tienen la misma sangre, el mismo pulso. La primera vez que oí latir el corazón de María, su latido se entremezclaba con el de Hagar. Hagar estaba echada en la camilla del ginecólogo. Cuando la comadrona deslizó el aparato por el vientre de Hagar, pude oír el susurro del corazón de María: un sonido extraterrestre y sobreexcitado. Por debajo se percibía el ritmo sereno y maduro de Hagar.

María se pasó nueve meses escuchando el latido del corazón de su madre. El de su padre quedó relegado a un segundo plano, para siempre.

—No va a ir—sentenció Hagar en un primer momento—. ¿Para qué? Si no lo va a disfrutar. Lo que te gusta a ti no tiene por qué gustarle a ella. Invéntate algo mejor. Llévala a Disney World, por ejemplo. Al fin y al cabo se trata de estar unos días a solas con ella, sin que yo os dé la lata. Pero ese barco... Te proyectas en la niña. La pones a tu mismo nivel. Es un error típicamente masculino. Los hombres sois incapaces de meteros en la piel de otra persona, y menos en la de un niño. María piensa de otro modo. No te comprende. Lo único que hace es seguirte el juego porque eres su padre.

Intenté explicarle mi teoría de los latidos del corazón, pero me quedé atrapado en mis propias palabras. Dije cosas que no quería decir.

—Ni que estuviera en la oficina—suspiré—. María y tú sois como ellos. Seguro que os alegráis de que me vaya.

—No digas tonterías—replicó Hagar—. Lo normal es que María se quede

en casa a jugar con sus Barbies.

—Con su mami, como está mandado.

Después discutimos.

Y al final cedió.

9

El velero se hallaba en un extremo del puerto. Era un puerto comercial, una hondonada protegida del mar, con espigones y embarcaderos industriales. Hormigón y acero oxidado. Un rompeolas curvo, con afilados dientes de basalto, impedía que entrasen las olas del mar del Norte.

Los petroleros convivían con los buques costeros y los barcos de pesca. Por el aire resonaba el zumbido de los generadores. En el muelle había muchos hombres sentados al volante de su automóvil. Algunos tenían la puerta abierta. Todo indicaba que acudían al puerto a diario. Y que podían pasarse horas ahí sentados, como estatuas. Mirando. Matando el tiempo. Huyendo del ambiente opresor de su casa.

Todos fumaban, sin excepción.

Al fondo del puerto flotaban los yates. No había muchos. Se hallaban al lado de la playa, donde las olas rompían con fuerza. María y yo bajamos a buscar ámbar. Recorrimos la playa cogidos de la mano. De vez en cuando, María se agachaba para recoger una concha o el caparazón de un cangrejo muerto. No encontramos ni una sola piedra de ámbar, pero eso daba igual. Bastaba con dar un paseo por la playa, padre e hija. Bajo el sol. Pisando la cálida arena.

De la orilla sobresalían unos espigones que se adentraban en el mar. Sin ellos, Thyborøn sería engullido por el agua. Aquel espectáculo lo demostraba de sobra: al mar le costaba recuperar la calma tras dos semanas de temporal de viento del noroeste. El agua golpeaba los espigones con dureza. En un primer momento, las olas se acercaban con lentitud, alargándose mucho, aparentemente inofensivas. Pero de pronto, al alcanzar la playa, se levantaban y se abalanzaban sobre la costa.

Eran auténticas apisonadoras. Olas invadidas por otras olas más pequeñas.

Se autopropulsaban. Venían de Islandia. Habían recorrido medio mar del Norte en su camino hacia Dinamarca a lomos del viento del noroeste, creciendo hasta precipitarse sobre Thyborøn.

Me llevé un susto. Aunque el temporal había amainado, las olas no habían menguado en absoluto.

María se dio cuenta de que me había asustado.

—¿Nos vamos a marear?—quiso saber.

—Claro que no—contesté.

—Siempre dices que no nos vamos a marear, pero la última vez que dijiste eso te mareaste tú.

En ese preciso instante, María dejó de caminar y echó una ojeada a su alrededor.

—Creo que me voy a marear.

—No te vas a marear. Como mucho, sentirás un pequeño mareo del Norte.

Mi hija me miró y dijo:

—No hagas el payaso, papi.

10

María navega desde siempre. Está acostumbrada al ruido de las olas, al ruido del viento, a la manera en que el barco se mueve bajo los pies de los tripulantes como una atracción de feria. Quien no tiene costumbre de navegar cree que los movimientos de un barco son imprevisibles, como si fuese un trozo de espuma artificial, a merced del viento y del mar. En cambio, quien descubre el ritmo de un velero, acaba por hacerlo suyo.

Si algo había aprendido era que el mar es previsible. Incluso más previsible que la tierra, donde uno puede toparse con toda clase de personas que quieran toda clase de cosas, a cuál más inesperada. Al salir al mar, se pierde por un momento el equilibrio, pero luego el cuerpo se adapta y encuentra la paz.

Aunque el barco dé bandazos, siempre se está más tranquilo que en casa.

Mientras navegamos, a María le gusta mirar al frente, más allá de la cubierta. A veces se sienta en el púlpito, en la misma proa, y se deja mecer hasta quedarse medio dormida. Sabe izar y arriar las velas. Le encanta llevar el timón. Yo se lo he enseñado todo. En una ocasión incluso llegó a atracar. Hagar la observaba desde la orilla. María le arrojó un cabo de amarre como si nada. «Toma, mamá—dijo—, y ahora pásamelo, que lo voy a atar».

Era el lenguaje que yo utilizaba a bordo.

María tenía edad suficiente. Podía confiar en ella.

Hagar era menos aficionada a la vela que María y yo. Recuerdo que un día pusimos rumbo a la isla de Terschelling. María tenía siete meses. La levanté y la subí a bordo; el cochecito se quedó en tierra. Sujeté el capazo a la bañera con unas tiras de goma. María llevaba puesto un anorak; le quedaba grande, pero era impermeable. Le aseguré a Hagar que la situación estaba bajo

control. La noche antes había realizado los preparativos necesarios para que todo saliera bien.

Maniobré hasta alcanzar la salida del puerto de Harlingen, desplegué las velas y sólo al dejar atrás los espigones me percaté de la altura de las olas. Levantaban el barco para luego dejarlo caer con brusquedad. Y al precipitarse, se topaba con otra ola. Golpe tras golpe. En medio de resuellos y bufidos, se abría camino en el agua, jadeando como un nadador que lucha contra la corriente. El palo mayor se estremecía cada vez que descendíamos de la cresta de la ola; las velas buscaban el viento y, nada más encontrarlo, arrastraban el barco al golpe siguiente.

Insistí en que todo estaba bajo control.

Por momentos no se veía más que agua a nuestro alrededor.

Las nubes flotaban bajas y grises sobre el mar de Frisia. Apenas se distinguía dónde terminaban las nubes y dónde comenzaba el agua. En cualquier caso, allí había poco más que el barco, mi mujer, mi hija y yo: como si alguien hubiera corrido unas cortinas en torno a nosotros.

María dormía en su capazo. A cada golpe entreabría los ojos, pero luego continuaba durmiendo. Hagar la observaba angustiada.

Lo más sensato habría sido regresar a Harlingen, con el viento y las olas en popa. Pero regresar sabía a derrota. Un padre que a la menor vuelve sobre sus decisiones no es un padre en el que se pueda confiar, pensé.

A bordo de un barco el capitán es quien manda. Esa condición lo convierte en una figura solitaria. Aunque no deberían, los capitanes también se equivocan. Bien mirado, entre un padre y un capitán no hay mucha diferencia.

Seguimos adelante, rumbo a Terschelling. No tuve más remedio que encender el motor. Las olas se confabulaban contra nosotros, empujándonos hacia atrás. El barco escoraba a estribor antes de adentrarse en el enésimo precipicio; oí cómo se abría el armarito de los juguetes en la cabina. Algo se cayó e impactó contra uno de los mamparos de madera, haciéndose añicos.

María se despertó. Hagar se inclinó sobre ella y le cantó al oído en voz baja. «¡No pasa nada!», grité al viento. «El día nos ha salido un poco bravío, pero hoy va a hacer bueno. Ya está clareando. Mira esa franja de cielo azul que se abre por entre las nubes. Va a hacer bueno, seguro».

El motor dejó de funcionar. Las velas ya no tenían fuerza suficiente para arrastrar el barco por encima de las olas, que lo empujaban a un lado, hacia el

muro de contención que sobresalía del agua. El muro estaba hecho de basalto en bruto, una dentadura de piedra en mal estado, invadida por manojos de algas marinas.

Si nada lo impedía, el barco haría agua en los dientes del muro.

A cada ola nos acercábamos un poco más, mientras yo me esforzaba por poner en marcha el motor. Era un motor fuera borda; para arrancarlo había que tirar de una cuerda. Tiraba y tiraba, tratando de mantener el equilibrio en el cuerpo de popa, bañado en sudor en mi impermeable, hasta que la cuerda se rompió, dejando definitivamente fuera de combate al motor.

María estaba pálida. Fui a buscar una manta de lana a la cabina y se la eché encima. María vomitó, imagino que a causa del frío. Después se echó a llorar.

Para mi sorpresa, Hagar mantuvo la calma mientras yo llamaba al servicio de salvamento. Sacó a María del capazo, la apretó contra sí y no dejó de cantarle. El rostro de la niña recobró el color. El equipo de salvamento llevó el barco de vuelta a Harlingen. Fue una derrota, después de todo.

No había más culpable que yo, el capitán, el padre.

De regreso en el puerto, el cochecito ya no estaba. Se lo había llevado el viento. Me tumbé boca abajo en el muelle y revolví las oscuras aguas con un bichero. Logré recuperar el coche, con las ruedas llenas de barro. Ahí estaba: goteando al viento.

Hagar jamás habló de aquella experiencia. María era muy pequeña para acordarse, pero, curiosamente, asociaba la vela con el mareo, aunque nunca más había vuelto a marearse. Le conté la historia una vez, y desde entonces siempre me pregunta por el cochecito. A lo que yo le contesto: «De todo se aprende».

Hacía siete años de aquello. Ahora mi hija estaba conmigo en el muelle de Thyborøn y decía:

—Papá, antes de salir del puerto tenemos que dejar preparadas unas bolsitas de plástico, porque nos vamos a marear. Sólo hay que ver las olas. ¿Tienes bolsitas de plástico, papi?

—No te vas a marear.

—Pero quiero bolsitas de plástico, por si acaso.

11

Mi velero es un barco viejo pero sólido. Es lo que suelo decir cuando lo describo, aunque no lo tengo tan claro. De un barco nunca se sabe si es lo suficientemente sólido como para afrontar el mar del Norte. Bajo el casco de mi velero hay muchas piezas importantes, y quizá algunas estén en mal estado. Tornillos oxidados. Poliéster desgastado. Un cable roto. Siempre hay cosas que pueden fallar en el momento menos pensado, sin que yo me entere.

Mi barco estaba pintado de rojo. Un color que combinaba bien con el negro del mástil. No era una embarcación de lujo. Cualquiera que lo viese ahí amarrado en el puerto de Thyborøn se daría cuenta de ello. Pero derrochaba carácter. No tenía nada que ver con el resto de yates que se hallaban a su alrededor. Y que medían al menos trece metros de eslora, llevaban una antena de radar en el palo mayor y tenían lavadora en la cabina de popa. También estaban equipados con microondas, cafetera exprés y televisor de pantalla plana. En no pocas ocasiones, los dueños de esos yates tan grandes me miraban con compasión. O eso me imaginaba. En cualquier caso, no me apetecía hablar con ellos. Era otra clase de gente.

Al igual que yo, esperaban en Thyborøn a que amainara el temporal. Había llegado el momento de preparar la vuelta a casa. Las vacaciones tocaban a su fin; el aire comenzaba a oler a septiembre. Tenían prisa. Estaban nerviosos, del mismo modo que el cielo se pone nervioso justo antes de que se desate una tormenta. Cargaban cajas de cartón repletas de compras, comprobaban los estayes, y no hablaban de nada más que de las previsiones del tiempo. Cada dos por tres miraban al cielo, pendientes de las manchas azules que aparecían entre chubasco y chubasco. Esas manchas azules marcaban el fin del temporal.

Fueron llegando cada vez más yates, impacientes por volver a casa. El puerto de Thyborøn se convirtió en una sala de espera de yates. Con cada

ráfaga de viento, las drizas golpeaban los mástiles, y todos ellos juntos producían una cadencia musical: un carillón de veleros.

Hasta el momento, ninguno se había aventurado fuera del puerto. Pero tan pronto como saliera el primero, los demás le seguirían. Los patrones se guiaban más por sus congéneres que por el boletín meteorológico.

Iba por el muelle con María. No estaba nerviosa. Ni tampoco exultante. Era una niña confiada mientras su padre estuviera cerca.

El viaje de Aalborg a Thyborøn había sido largo: tres autobuses y dos trenes. María había dormido por el camino. No la noté demasiado cansada. Cuando lo estaba, bostezaba sin parar, y no era el caso.

Caminaba por el embarcadero tirando de su equipaje.

—Déjame que lleve tu mochila—le propuse.

—No, ya la llevo yo—contestó.

Traía una mochila rosa con figuras de Disney. Las ruedas se enganchaban una y otra vez entre las tablas de madera.

No necesitaba indicarle dónde estaba el barco, ya lo veía ella. Iba directa hacia su objetivo. Se subió mal que bien a la barandilla y saltó a la bañera.

—Hola, *Ismael*—saludó al velero—. ¿Me abres la escotilla, papá? Voy a dejar mi mochila encima de la cama.

Entró, abrió la mochila y comenzó a ordenar sus peluches y sus Barbies encima de la cama de la cabina de proa. Lo hizo con absoluta entrega, como si yo no existiera.

Mi barco se llama *Ismael* en honor al protagonista de *Moby Dick*. Ismael es un superviviente. Se enrola en un ballenero cuyo capitán, en un acto de venganza y rabia, persigue el Santo Grial, la blanca ballena que, al final, acaba destruyendo el barco.

Para mí, *Moby Dick* es el libro más bello que se ha escrito nunca sobre un barco y su tripulación; por eso elegí el nombre de Ismael. Aparece pintado en grandes letras negras en el casco de mi velero, a modo de talismán. En los puertos, mucha gente cree que soy muy creyente. Ismael es el hijo mayor de Abraham, tanto en el Corán como en la Biblia. Junto con su madre es desterrado al desierto, donde por poco muere.

Yo no lo sabía. Me documenté hace no mucho. Resulta que, en la Biblia,

Ismael también es un superviviente.

—¿Quieres tomar algo?—pregunté a María en cuanto terminó de ordenar sus peluches y sus muñecas.

—Zumos de manzana—contestó.

Fui a por un vaso de zumo. La cabina principal se hallaba revestida de madera y no paraba de crujir. En el barco no existía el silencio. Con mal tiempo producía muchos ruidos a la vez: suspiros, golpes y lamentos. Entonces sonaba como un anciano. Pero incluso estando amarrado era ruidoso. El casco se restregaba contra el embarcadero en un movimiento nervioso, tiraba de los cabos de amarre y se deshacía en murmullos.

Un velero es un objeto muy simple. Está formado por un casco flotante equipado con una quilla en la parte inferior y un timón. Se halla provisto de un mástil con estayes de acero inoxidable. Y cuenta con una cubierta, una bañera y una o varias cabinas.

Dentro olía a rancio, como en un mercadillo. Siempre había algo de humedad. El agua tenía que entrar por alguna parte, pero me había cansado de buscar por dónde. Todos los barcos tienen fugas. Seguro que un velero sin fugas apenas ha navegado.

Con el tiempo, el olor a humedad terminó por gustarme. Formaba parte del viaje. Impregnaba los almohadones, los paños, la lona, las mantas y los sacos de dormir, y hasta los filtros de papel para la cafetera. Creo que incluso yo mismo olía a humedad.

«Es un buen barco», me decía. Más no me podía permitir. Cuanto más grande la embarcación, tanto mayores las preocupaciones. Con ese tipo de frases trataba de mantener a raya la idea de que un barco nuevo y más grande sería más cómodo y más seguro.

Sólo había que ver el interior para llegar a la conclusión de que mi velero era un barco chapado a la antigua. A babor, la pequeña cocina con el horno basculante. A estribor, la mesa de cartas con el cuaderno de bitácora. Detrás, dos bancos recubiertos de pana de color marrón oscuro. Por la noche, uno de ellos me servía de cama. Le acoplaba una barrera de lona para no caerme al suelo con el vaivén del barco. Debajo de los bancos se almacenaba la comida: cajas de cartón con latas de sopa, judías verdes, fruta y maíz. Kilos de arroz y de patatas. Todo ello traído de Holanda. Demasiado para un viaje de tres

meses.

Volví a la cabina de proa con un vaso de plástico lleno de zumo de manzana.

María estaba peinando a sus Barbies. Además de una cama triangular, había un pequeño armario y un inodoro marino con una bomba de mano. Si el inodoro no se usaba con regularidad, el agua se estancaba en las tuberías y por el interior del velero se extendía un tufo a aguas fétidas.

—Papi—me dijo María—, por aquí huele muy mal.

En el techo de la cabina de proa hay una escotilla abatible. Una vía de escape. Al abrirla, descubrí un recuadro de cielo despejado. Las nubes habían desaparecido. La cabina se llenó de aire fresco del mar. Oí los graznidos de las gaviotas. Noté que el cansancio que me había acompañado todo ese tiempo se iba disipando, como si fuera absorbido a través de la escotilla.

—¿Te gusta salir a navegar conmigo?—pregunté.

María dejó de peinar a sus Barbies y me miró.

—Es lo que más me gusta en el mundo, papi—contestó—. Y a las Barbies también.

—Me alegro. A mí también es lo que más me gusta en el mundo. Navegar solo no está mal, pero puede llegar a ser un poco aburrido.

—¿Me has echado de menos, papi?

—Te he echado tanto de menos que más de una vez he soñado con que estabas aquí conmigo.

Habíamos acordado que María dormiría en la cabina de proa. Haríamos como en casa. Se iría a la cama a las ocho y le leería un fragmento de *El pequeño capitán*, de Paul Biegel. Se lo había prometido. El pequeño capitán con su barco hecho de una estufa, una tina, la pata de una silla y una cadena de bicicleta. «Quiero que me leas más páginas que en casa», me había dicho por teléfono. «Si no, no voy».

Yo no dormiría. Me lo había hecho prometer Hagar. Los navegantes solitarios suelen echar cabezaditas de diez o veinte minutos. Ponen el despertador, se acuestan, se despiertan, comprueban si hay otros barcos y vuelven a dormirse. Los barcos se gobiernan a sí mismos; tienen piloto automático.

Con María a bordo, esa táctica me parecía demasiado peligrosa. A más de un navegante solitario se le han pegado las sábanas; no pocos se han estrellado contra una roca o un petrolero. Además, a mí me cuesta despertarme. Las cabezaditas sólo me harían sentirme peor.

Durante la travesía debía estar alerta en todo momento. Dos singladuras de máxima concentración, dos noches sin dormir; era algo para lo que podía prepararme. El café y el Red Bull me ayudarían a superar los momentos más difíciles, las horas más oscuras desde las doce de la noche hasta las cuatro de la madrugada. La guardia de media. Cuando en el mar no se veía nada más que las luces de las boyas y de las plataformas petrolíferas. Cuando el frío deslizaba sus largos dedos por debajo del chubasquero.

Había aprendido a mantenerme despierto en el mar. Me mantenía despierto a base de rutina. Cada diez minutos recorría el horizonte con la mirada, como un radar humano. Cada hora actualizaba el cuaderno de bitácora. Y en ese último trayecto entraría, además, de vez en cuando en la cabina para ir a ver a María. Su cara despreocupada, su entrega infantil.

Tenía que hacer como si estuviera solo, navegando en solitario. Sería lo mejor. Aun estando María conmigo.

Junto al barco pasaba un pescador. Saqué medio cuerpo por la escotilla de escape para verle bien. Era un hombre alto con botas de goma; vestía un pantalón de pesca impermeable de color naranja fluorescente. Me saludó con la cabeza. Salí a cubierta y le pregunté por el tiempo. El pescador no contestó. Cuando volví a hacerle la misma pregunta, alzó los brazos.

—*Only God knows.*

Había bebido. Me recordaba al profeta que aparece al principio de *Moby Dick*.

Dick. Un vagabundo borracho que advierte a Ismael del peligro de enrolarse en el ballenero. En el libro, el profeta acaba teniendo razón. Pero mi viaje no era ningún libro. Hasta entonces había ido bien, y no tenía por qué terminar mal.

El pescador se detuvo a mitad del embarcadero, alzó de nuevo los brazos, los dejó caer y reanudó la marcha. Las largas chimeneas de Thyborøn humeaban a sus espaldas. El humo se levantaba prácticamente en vertical.

—Ya no hace viento—grité a María por la escotilla—. Y el cielo está

completamente azul. Mañana nos iremos. Esta noche dormiremos en el puerto para que te acostumbres al barco, y mañana a primera hora nos echaremos al mar. Ven conmigo, que tenemos que hacer algunas compras.

—Vale.

Recogió sus muñecas.

Fuimos por el embarcadero hasta el muelle y entramos en el NBK Marked y en el Super Spar Kolonial og Skibsproviantering, donde las mercancías se exhibían bajo una fría luz de neón. María se quedó mirando la sección de golosinas.

—Elige lo que quieras—le dije.

Sacaba una bolsa, la observaba con detenimiento y la volvía a colocar en su sitio. Una y otra vez. Al final, eligió un cucurucho con corazones rosados. No le duraron nada.

Junto a la caja estaba el oso polar de peluche. Se lo compré, y ya no lo soltaría.

12

Llegó el día.

El barco estaba preparado. El mar se había sacudido de encima el temporal. Las olas ya no se encrespaban, sino que llegaban calmas a la playa.

Orgulloso, salí a la cubierta con mi hija. Yo llevaba puesto mi impermeable amarillo, y María un pantalón impermeable azul. Estaba preciosa, con esos ojos tan claros.

—¿Queda lejos?—preguntó.

—No mucho—contesté.

—¿Más lejos que la casa de los abuelos?

—Algo más. Pero si duermes mucho en el camino, llegas antes.

—¿Y cuando lleguemos estará mamá?

—Con un poco de suerte veremos delfines—le dije—. Si dan con un barco, no se separan de él. A lo mejor nos acompañan hasta la isla de Terschelling.

María entró en la cabina en busca de su oso polar.

—No le hemos comprado nada a mamá. Le haré un dibujo.

Sacó papel y lápices del armario y dibujó una ballena cogida de la mano de papá. Después se dibujó a sí misma cogida de la mano de mamá. Estaba sentada en la mesa de cartas, con la cabeza inclinada. Mi hija. Con sus trenzas.

Durante tres meses había atravesado el mar en busca de tranquilidad. Y en el fondo seguía sin encontrarla. Las personas con las que me había cruzado me recordaban a mis compañeros de oficina. Los puertos y las islas estaban abarrotados. No había manera de evitar a la gente. Además, cada milla que recorría me acercaba un poco más al mundo del que había huido. Sentía un peso cada vez mayor, hasta que volví a ver a mi hija. Mi hija, que me quería.

En adelante pensaría en María cada vez que las preocupaciones de la oficina me invadieran la cabeza. En María y en Hagar. Así de sencillo.

Me notaba fuerte y alerta. Iba a dar una lección a toda esa gente guapa de los yates que nos rodeaban. Ellos tenían lavadora a bordo, yo tenía a mi hija. ¿Quién salía ganando?

Sería un padre de verdad. Un padre-capitán. De espalda recta y barba de pocos días. Demostraría a María de lo que era capaz; se sentiría orgullosa de mí. No se me podía escapar ni un solo detalle. Tenía que pensar con cuarenta y ocho horas de antelación. Me iba a resultar fácil con María a bordo. Ella me mantendría fuerte y alerta durante toda la travesía.

Era una mañana magnífica. Envié un SMS a Hagar.

Para: HAGAR

Todo genial.

Barco en perfecto estado.

Salida prevista para esta mañana.

¿Qué tal tú?

La respuesta llegó tres minutos más tarde.

De: HAGAR

Bien.

Ten cuidado.

Justo antes de que María soltara los cabos de amarre, mandé otro SMS.

Para: HAGAR

Saliendo.

Buen tiempo.

Llama guardia costera si es necesario.

De: HAGAR

De acuerdo.

Vi cómo los barcos se alejaban por entre los espigones. El puerto se fue vaciando. Arranqué el motor. Cada vez que lo hacía sentía un hormiguelo por

todo el cuerpo. Como quien acaba de salir de la sauna y se tira a una piscina de agua helada. El zumbido de un motor de barco me suena a viaje. Algunos días me acercaba a mi velero sólo para arrancar el diésel y escuchar el zumbido. Inhalar el olor. Palpar el viaje. Muchas veces me bastaba con eso para darme un respiro. Después volvía a la oficina.

El motor diésel estaba en marcha. El barco escupía agua de refrigeración, como una ballena que expulsa el aire de sus pulmones. Di unos pasos al frente para inspeccionar la cubierta por última vez. Me resbalé, y mi bota derecha se deslizó por entre los cables de la barandilla.

—No te distraigas ni un segundo—me dije.

—¿Qué dices?—preguntó María.

—Que eres un sol.

Preparé varios termos con té y café. Desplegué las cartas de navegación y las coloqué por orden. Llevaba mis deberes anotados en un papel que guardaba en el bolsillo de mi pantalón de agua. Comprobar el motor. Comprobar las cartas náuticas. Comprobar las baterías. Probar la radio. Escuchar la previsión del tiempo. Asegurar el bote salvavidas. Todo eso lo había hecho tantas veces en los meses anteriores que la nota ya no me hacía falta. Estaba más que familiarizado con la rutina de salida. Sin embargo, en ese último trayecto tenía que pensar anticipadamente. Me obligaba a repasarlo todo tres veces. Si por mí fuera, soltaría cuanto antes los cabos de amarre y saldría de Thyborøn a toda vela. Mi corazón latía con fuerza. Quería navegar, con mi hija, y olvidarme de todo lo demás. Sin embargo, no debía descuidarme. El mar era peligroso, y el mar del Norte más que ningún otro. La euforia era mala consejera, ya que me impediría ver el peligro.

Saqué la nota del bolsillo de mi pantalón y comprobé todo lo que había que comprobar. El bote salvavidas iba bien sujeto a la cubierta de proa. El kit de supervivencia estaba guardado en el cofre destinado a ese fin; si *Ismael* se hundía podríamos aguantar tres días. Era una bolsa amarilla con agua y comida, una radio de mano y una caña de pescar. Y un cucurucho con corazones rosados que había comprado a escondidas.

—¡María!—exclamé—. ¡Preparados para zarpar! ¿Me ayudas a soltar los cabos de amarre?

Mi hija salió de la cabina y se reunió conmigo en la cubierta de proa. Llevaba un chaleco salvavidas de color amarillo chillón.

—Tienes que ponerte tu chaleco—me dijo—. Si yo debo llevarlo, tú también.

La observé mientras recogía los cabos de amarre. Los adujaba cuidadosamente, despacio, con gesto contenido y reflexivo.

—¡No mires!—gritó—. Si miras, me sale mal.

Agarró el último cabo que quedaba por largar.

—¿Lo largo?

María se hallaba junto a la barandilla con el extremo del cabo en la mano. Por el embarcadero se acercó un hombre. Era el pescador que antes había alzado las manos al cielo, el profeta. Al verle la cara de cerca, pude comprobar que era más joven de lo que me había parecido antes. Debía de tener mi edad.

Fue él quien empezó a hablar.

—*Need some help?* [¿Necesita ayuda?].

María me interrogó con la mirada.

—*No, no. We can handle it* [No, no, ya nos apañamos] —contesté.

—*Good girl* [Buena chica]—le dijo a María—. *What good girl you have* —me dijo a mí—. *You must be very proud father. I am father too. Also girl. She never goes out to sea with me. Too dangerous. No, no. Daughters in Thyborøn never go to sea. Never go to sea* [Tiene usted una hija estupenda, debe estar muy orgulloso. Yo también tengo una hija, pero nunca navega conmigo. Es demasiado peligroso. No, no. En Thyborøn las hijas no van al mar nunca, nunca van al mar].

Le pregunté por el tiempo.

—*Weather good for sailing, not good for fishing*—contestó—. *Fishing needs storm. No storm today. No storm tomorrow. Good for you, bad for me. You are more lucky man than me* [El tiempo bueno para navegar, no para pescar. Para pescar tiene que llover. No llueve hoy. No llueve mañana. Bueno para usted, malo para mí. Usted tiene más suerte que yo].

María exclamó:

—Venga, papá, déjalo ya.

—*Daughters never go to sea*—dijo el pescador.

—¡Adelante, María!—grité—. ¡Nos vamos!—Y al pescador le aconsejé —: *You should take your daughter fishing. She will like it*[Debería usted

llevar de pesca a su hija, le gustará].

—*Hey good luck you lucky father!*—dijo mientras se ajustaba el pantalón naranja—. *You're the best lucky father I have ever seen* [¡Buena suerte, padre afortunado! Es usted el mejor padre con suerte que he visto jamás].

María estaba disgustada. No le hacía ninguna gracia que me quedara hablando con la gente. Recorrió el pasillo lateral, saltó a la bañera y empuñó la caña del timón.

—Si no lo haces tú, ya me encargaré yo de sacar el barco del puerto— advirtió—. ¿Por qué te quedas hablando con ese señor tan raro? Ni siquiera te has puesto el chaleco salvavidas. Póntelo, por favor.

Aceleró con cuidado para separar la embarcación del atracadero. Como si lo hubiera hecho toda la vida. Con absoluta tranquilidad metió marcha adelante, dejando que el casco se deslizara prácticamente en paralelo al embarcadero. En cuanto hubo suficiente espacio para virar, desvió la proa hacia el mar y dio gas.

¡Mi hija estaba pilotando el barco rumbo al mar!

Se subió al banco y colocó el pie sobre la caña del timón. Esa postura le permitía ver bien y gobernar a la vez. No tenía estatura suficiente para permanecer sentada. Mientras manejaba el timón con el pie derecho, se sujetaba con la mano al estay de popa. Así gobernaba mi barco, totalmente relajada. Con aires de estrella de cine.

—*Well done!* [¡Bien hecho!]*—*exclamó el pescador.

María dijo:

—Papá, quedan algunos cabos por recoger. ¿Te encargas tú?

—*Good luck!*—gritó el pescador—. *Good luck to all of our daughters!* [¡Buena suerte! ¡Suerte para todas nuestras hijas!].

13

Thyborøn se hizo cada vez más pequeño. Primero se transformó en la ciudad de las piezas de Lego; después las casas se hundieron en el horizonte y sólo quedaron a la vista las chimeneas y los molinos de viento sobre sus altas torres. Deseaba adentrarme en el mar, cuanto más lejos mejor. Quería dejar la tierra atrás. Cerca de la costa, el mar podía llegar a mostrar su lado más malévolo. Solía haber bancos de arena que no figuraban en las cartas náuticas. Y abundaban los pescadores, que ignoran a los pequeños veleros.

En plena mar no podía pasar nada. En caso de temporal, el viento haría girar el barco como una peonza sobre el agua, pero acabaría amainando. En plena mar apenas había obstáculos, por lo que el riesgo de colisión era mínimo. A mayor distancia de la tierra, mayor seguridad.

Icé las velas, María apagó el motor. Oímos el susurro del mar en los costados del barco. Habíamos soltado amarras, y no sólo en sentido literal. Conforme nos adentrábamos en el mar, el mundo se hacía cada vez más nuestro. Sólo escuchábamos los ruidos de nuestro propio barco, del agua y de algún pájaro solitario que se acercaba a echar una ojeada. Eran sonidos con cadencia. Los crujidos de la cabina. El viento en el estay de popa. La bandera holandesa que ondeaba en lo alto de la toldilla.

El barco se balanceaba al compás del mar. Era imposible marearse.

Me acordé del día en el que me mareé en tierra. Había salido a navegar. A la vuelta atraqué en un puerto, salté al embarcadero y me entró vértigo. Por un instante no supe dónde estaba. Sentí náuseas. Echaba en falta el balanceo, ese balanceo embriagador al que me había agarrado durante toda la travesía.

Vomitó bajo la ducha.

Haría mejor en pensar en otra cosa. Si llegara a marearme, María se

burlaría de mí. Habíamos soltado las amarras y estábamos en plena mar.

Thyborøn desapareció por completo, los molinos de viento se disolvieron en el cielo gris. Miré el agua y creí ver una marsopa.

El mar trataba el barco con delicadeza. El mar era una placa de Petri con plomo líquido. Alguien la movía de un lado a otro, con regularidad y medida, provocando un balanceo prolongado. La proa se deslizaba por encima sin mayor impedimento. Las olas eran lo suficientemente grandes como para levantar el barco. Después de levantarlo, lo dejaban caer con suavidad. Como quien acuesta a un bebé en una cuna.

Navegamos hasta que dejamos de ver la tierra. Hasta que el mar se convirtió en un gran círculo del que nosotros constituíamos el centro.

María estaba dibujando en la cabina. Nos llevaba el piloto automático, un brazo negro que va sujeto a la caña del timón. Lo había fijado en un rumbo de 230 grados, y no se desviaba ni uno.

Según María, el piloto automático era una niña. La llamó Anna. Además de su oso polar, tenía una amiguita nueva.

La radio emitió un leve crujido; una voz leía la previsión del tiempo en un inglés macarrónico. Lo anoté todo en el cuaderno de bitácora: «Viento del noroeste, fuerza 3-4. Buena visibilidad. No se prevén precipitaciones. Perfecto».

Miré el mar a mi alrededor y me pregunté si veríamos delfines, u otra marsopa.

El viaje iba a ser tan fácil como me lo había imaginado. Desamarrar en Thyborøn, amarrar en Harlingen. Entremedias, padre e hija en un velero, mecidos por un mar en calma.

María salió de la cabina con el diario de navegación para niños que le había regalado el año anterior. Lo llevaba meticulosamente al día. Tenía su propio sitio a bordo: en la estantería donde se guardaba el resto de la biblioteca náutica. Mis libros más preciados. Los almanaques, las instrucciones de uso, los manuales de reparación, *El pequeño capitán* de Paul Biegel, la traducción al neerlandés de *Moby Dick* y los poemas de Slauerhoff.

María anotó la hora, el rumbo y la fuerza del viento: «12:36 horas, noroeste 4 bft, rumbo 230 grados». Lo hacía con una devoción que ya no se da en los adultos.

Además, dibujó un barco, un sol y una niña que era ella. También escribió

un cuento. No era la primera vez que lo hacía.

Al rato, María se quedó dormida. Mientras descansaba, retiré el diario de la estantería y comencé a leer. El cuento no hablaba de ella, ni tampoco de mí. Hablaba de otro padre y de otra hija. Y de lo que se cruzaba por la cabeza de María. El cuento me tranquilizó. Y hasta me hizo sentir feliz.

Esto es lo que escribió:

Somos Merel y Max. Merel tiene siete años y Max tiene cuarenta. El viaje comienza así: Merel se despierta. Piensa: que pasa oy. A sí, volvemos a casa. Se biste de prisa. Sale corriendo. Su padre ya esta soltando los cabos. ¿Te ayudo? Pregunta Merel. Si quieres. Contesta su padre. Claro que Merel quiere. Le encanta. A Merel le gusta mucho nabegar. Ya esta. Se van. Fuera del puerto, Merel levanta la vela. Despues ve algo negro. ¿Es aceite? No, es una orca. La orca vuela porencima del barco. Mira, papi. Dice Merel. ¡Como! Dice su padre. ¡Una orca! Grita Merel. ¿Una orca? Pregunta su padre. ¡Uy, una orca! Grita. ¡Que bueno! Merel ve algo mas. Se inclina hacia delante. ¡Ay! ¡Merel se cae al agua! ¡¡¡Papá!!! Grita. Su padre la escucha y yega corriendo. La saca del agua. Ve a cambiarte, Merel. Rapido. Merel se cambia de ropa. Prepara un cafe para su padre. Y un baso de zumo de manzana para ella. Y dos gayetas. Y dos caramelos.

¡Rin rin rin! ¿Que es eso? La radio. Merel contesta. Ola, soy Merel, digame. Aqui la policia del mar. Hay una orca cerca. ¡Ten cuidado! Señor policia, es una orca buena. Ya la he visto y no hace nada. Voló porencima del barco y nos dio un lameton en la nariz a mi padre y a mi. A, dijo el policia. Y colgo. Merel se rio. Y salio a contarselo a su padre. Le conto la historia de la policia y la orca.

Navegábamos sumidos en silencio. Pasábamos horas sin decir palabra. No hacía falta. Me bastaba con ver cómo mi hija dibujaba, reflexionaba, afilaba sus lápices cuidadosamente con el sacapuntas. Hasta que aparecía una torre de perforación y aprovechaba la oportunidad para explicarle qué era y para qué servía. Después volvíamos a quedarnos callados una o varias horas. El tiempo ya no tenía importancia. Lo habíamos dejado en el embarcadero de Thyborøn.

No se vislumbraba amenaza alguna. De vuelta en casa, nadie lo creería cuando lo contase. Ni siquiera conseguiría explicar qué se siente en el mar.

Cómo a uno le invade una sensación de felicidad sin darse cuenta.

Hacia calor. Tomamos un refresco. No necesitábamos hacer nada. Las velas arrastraban el barco por el agua, y el piloto automático lo guiaba a casa. Sin demora, en línea recta.

—Anna gobierna el barco mejor que tú—dijo María—. ¿Falta mucho? ¿Dónde estamos?

Fui a buscar la carta náutica y le enseñé dónde estábamos: a cuarenta millas de la costa, entre Thyborøn y Esbjerg. Marqué el punto con lápiz, como hacía cada hora. De ese modo se iba formando una hilera de marcas que me servía de orientación. El agua era igual en todos lados; la carta náutica se convertía en mi único apoyo.

La carta parecía una acuarela de manchas azules y verdes. Las boyas y las torres de perforación llevaban un número y un nombre, pero no había muchas. Íbamos por una ruta marítima apenas transitada, por una parte del mar del Norte en la que había muy poco que hacer.

—¿Cómo puedes saber dónde estamos?—preguntó María.

—No es nada fácil de explicar—contesté.

—En la carta aparecen muchas cosas. ¿Dónde están? No las veo. Sólo veo agua.

—La mayoría de estas cosas se encuentran debajo del agua. Por eso no las ves. En el fondo del mar hay muchos cables. Y barcos naufragados. También aparecen en la carta cosas que sí se pueden ver. Sólo que mucho más grandes de lo que son en realidad.

María se quedó mirando la carta y señaló las rutas marítimas. Líneas largas y angulosas, acompañadas de flechas. Indicaban el sentido de navegación de los cargueros.

—¿Y estas rayas?—preguntó.

—Son autopistas. Para buques de carga. Todos los barcos grandes tienen que navegar por ellas. Si no, se chocan unos contra otros. O contra nosotros. Esas autopistas no existen de verdad. Sólo aparecen dibujadas en la carta. Lo han acordado así. Y todo el mundo lo respeta. Pasa lo mismo que con los coches. Los automovilistas tampoco pueden circular en sentido contrario.

—Pero ¿por qué se dibuja algo que no existe?

—Porque no se pueden colocar señales de tráfico en el mar. Sería un disparate. Al primer temporal, el viento se las llevaría todas.

—¿Y las boyas?

—Tienes razón. Las boyas son señales de tráfico. Hay unas pocas, pero no se pueden balizar todos los mares del mundo. Sería una locura. Cuesta mucho trabajo instalar una boya, ¿sabes?

—Ya...—dijo María—. Pero vendrían muy bien. O sea que por aquí no hay nada que ver.

Paseó la mirada entre la carta náutica y el mar.

—Bah, es todo mentira—continuó—. No veo nada de lo que pone la carta. Sólo hay agua y una torre estúpida e inútil. Esto es muy aburrido.

Antes de salir tenía miedo de que a María el viaje le resultara tan emocionante que no pudiera conciliar el sueño. No se me había ocurrido que para una niña una travesía marítima pudiera llegar a ser sobre todo aburrida.

Decidí enseñarle los fundamentos de la navegación. De ese modo, tendríamos algo que hacer y ella aprendería algo que yo creía importante.

Sujeté la carta náutica con ambas manos.

—Esta carta es plana—dije—. Ahora mira el horizonte. ¿También es plano? ¿Dirías que el mundo es plano?

Me miró.

—No. Claro que no. El mundo es redondo. Lo hemos aprendido en el colegio, en conocimiento del medio.

Levanté el pequeño globo terráqueo de plástico del que colgaban mis llaves. Me lo había regalado Hagar. Si las llaves caían al agua, seguían flotando.

Enseñé el globo a María y traté de explicarle por qué la tierra era plana en la carta náutica y redonda en el llavero.

Pero ya lo sabía.

—Papi—dijo—, eso ya lo sé. En los mapas y las cartas náuticas, el mundo se estira. ¡No soy tonta!

—¿Lo has aprendido en el colegio?

—Sí, hace tiempo. Papá, no olvides que ya no soy una niña pequeña.

—¿También sabes qué son los meridianos?

—Sí, claro. Son unas líneas que aparecen en el mapa.

Como no sabía decirme nada más al respecto, traté de explicárselo. No es fácil hacer ver a un niño en qué consiste la navegación, y menos en un mar donde uno no tiene nada a lo que aferrarse. Resulta demasiado abstracto. Le hablé de meridianos y paralelos, de longitud este y de latitud norte. Con ayuda de una regla de navegación le enseñé dónde nos encontrábamos: 55°23' 01" latitud norte, 6°35' 24" longitud este. Una marca a lápiz en la carta náutica.

Al parecer, María lo entendía todo. O no.

Poco importaba. Mientras pudiera estar sentado con mi hija en la bañera de mi barco, felices los dos, lo demás me daba igual.

—Mediterranos—dijo.

—Meridianos—le corregí—. Volvemos a casa navegando por entre los meridianos. Arriba está el Polo Norte; abajo, el Polo Sur; y entremedias, nuestra casa.

—¿Cómo sabes que navegamos por entre esas rayas? ¿Están debajo del agua?

—No, esas rayas no existen. O sí. A veces la gente se inventa cosas para comprenderlo todo un poco mejor.

—¿Tú también te inventas cosas?

—Por supuesto. Como todo el mundo.

El sol calentaba el barco. El piloto automático nos guiaba. El mar era una balsa, apenas se movía. El agua había cambiado de color. Relucía como nunca antes la había visto en el mar del Norte; no quedaba ni rastro del verde de siempre. Una balsa de cristal líquido.

El viento había amainado. Las velas se desplazaban despacio de un lado a otro, de estribor a babor, al ritmo de las olas. Primero plegamos el foque, después la vela mayor.

El barco se balanceaba, sin velas, en el centro de ese gran círculo que era el mar.

14

—¿Arranco el motor?—preguntó María.

—No—contesté—. Nos dejaremos mecer un rato por la corriente. El motor hace mucho ruido.

El barco estaba quieto. Por mí, el barco podría haberse quedado un año en ese lugar, en la placa de Petri. Por mí, podría haberse quedado allí para siempre. El horizonte lo invadía todo. El único ruido era el que producíamos nosotros. El mar estaba tan liso que ni siquiera nos dábamos cuenta de que nos mecía suavemente. Hasta el punto de que nos quedamos dormidos.

Estaba tumbado de espaldas en la cubierta, con la cabeza de María apoyada en mi vientre. Tres horas más tarde nos despertamos, y en nuestro mundo nada había cambiado.

15

—¿Nos bañamos?—preguntó María.

Miró a su alrededor entre bostezos. Nada más que el lánguido mar.

Se levantó a ponerse el bañador que le había regalado Hagar antes de salir: azul con una figura bordada en oro. Me di cuenta de que la figura dorada era Ariel, la sirenita de Disney.

—Yo voy a bañarme.

María fue hasta la proa y, sin decir nada, se tiró de cabeza desde el púlpito. Al agua. Me puse en pie y me lancé detrás de ella.

Nadamos en torno al barco. En medio de la nada. Desde el barco, el mar se veía liso, pero, una vez dentro, se notaba que seguía en movimiento. Un movimiento poderoso. Las olas eran más grandes de lo que parecían y levantaban el barco. Lo levantaban mucho más allá de nuestras cabezas para luego volver a bajarlo. Por momentos se podía ver la quilla en el agua cristalina.

Hasta entonces no nos habíamos dado cuenta de lo pequeño que era el barco y de lo grande que era el mar. Ni de lo pequeñitos que éramos nosotros: dos personas diminutas en el agua, indefensas. No somos nadie.

Donde nos bañamos, el mar del Norte tenía cuarenta metros de profundidad. La tierra se hallaba a una distancia de cuarenta millas náuticas. El teléfono móvil no tenía cobertura. La radio sólo establecía contacto con barcos y torres de perforación cercanos, y no había ninguno.

María se zambulló en el agua; la sombra de su pálido cuerpo desapareció por debajo del barco.

No alcancé a ver si había salido a la superficie por el otro lado.

Me inquieté.

Leí una vez una historia de unos navegantes que se bañaron en el mar un día cálido, sin viento. Se habían olvidado de desplegar la escalerilla de baño y no consiguieron subir a bordo. El barco se convirtió en una pared resbaladiza imposible de escalar. Semanas después, el barco apareció en una playa.

No sabía si era una historia real. Aun así me imaginé qué pasaría si no hubiera desplegado la escalerilla. Cómo la sensación de felicidad daría paso al pánico.

Traté de reprimir la imagen, pero sentí el agotamiento en mi propio cuerpo. Nos veía flotando en el agua. María y yo y el barco y el mar. La alianza mantenida hasta entonces se había roto. Podíamos subirnos al bote de goma y esperar a que vinieran a rescatarnos. Quizá lográsemos subir a bordo desde el bote. Si no, se acabó. Moriríamos de sed.

Cualquier nimiedad podía sumir a uno en la desgracia. Cuántas personas no perdían la vida de una forma extraña. Una escalera. La gripe. Un tropezón. Cualquier otra enfermedad. La propia muerte me parecía extraña. Es extraño que se pierda de golpe todo lo que se ha construido en la vida, todo lo aprendido, todo lo amado.

Más me valía pensar en otra cosa.

Vi surgir el pálido cuerpo de María de debajo del barco. Había vuelto por el mismo camino. Una sirenita. Se subió al bote de goma gris que iba atado al velero y que llevaba todo el viaje flotando detrás de nosotros como un patito detrás de su madre. Se tiró al agua. Volvió a la superficie y se zambulló de nuevo. Con la media melena pegada a la cara.

A veces creía ver un atisbo de cómo sería con veinte o treinta años: una mujer. Una madre. Se parecería a Hagar, del mismo modo que Hagar se parecía a su madre y la madre de Hagar la suya. María arrastraba una historia que ella misma desconocía. Cada ser humano arrastra una historia, pensé. Nadie es al cien por cien uno mismo.

Cuando María llegara a ser madre, ¿se acordaría de aquello? ¿Del frescor del mar sobre su cuerpo, de la ingravidez, de las risas de su padre? ¿Se lo contaría a sus hijos? ¿Pondría cara de disgusto cuando yo, el abuelo, fuera a contárselo por enésima vez a sus hijos, mis nietos?

«Ja, ja, ja, hijos míos. Qué cosas, ¿verdad? El abuelo saliendo a navegar con vuestra madre por el mar del Norte como si nada. ¿A que vosotros no os

atreveríais? Venga, ¿quién sale a navegar con el abuelo?».

«Papá—me diría—, déjalo. Creo que ya se han enterado».

Yo seguía nadando junto al barco.

—¡Eh, María!—grité—. Si te lanzas a nadar, acuérdate de desplegar la escalerilla de baño. Es muy importante, ¿sabes? Si te olvidas, no hay manera de volver a subir a bordo. ¿Me has entendido?

No contestó.

—Ven, que te lo voy a demostrar. Tú intenta subir al barco sin escalera. Es imposible.

María se subió al bote de goma, tiró del cabo hasta llegar a la popa del *Ismael* y entró en la bañera con cara triunfante.

—La escalerilla de baño no hace falta, papi.

Ariel centelleaba al sol. María me miró fijamente y yo le sostuve la mirada, mientras el barco se iba alejando de mí. Mientras yo me iba alejando del barco.

Ella no dijo nada. Yo no dije nada. No se escuchaba ningún ruido. Hasta que mi hija se envolvió en una toalla y gritó:

—¡Sal, vamos a freír unos huevos!

16

Guardia de media. La una de la madrugada. Desde que el sol se había hundido en el horizonte en un carnaval de colores, todo en el mar había quedado en blanco y negro. La luna brillaba con fuerza. María estaba acostada. Se había quedado dormida al instante.

Estaba solo.

En la cabina, encima del fogón, colgaban los primeros versos de un poema de Slauerhoff.

Bajo la toldilla, arrobado por la brisa
me siento muy dichoso.
El destino es caprichoso
pero nada queda que me ate a la vida.

Con la espalda apoyada en la barandilla, bebí café de un termo. Había preparado dos: uno con café y otro con té. También había sacado comida a la bañera para no tener que entrar en la cabina durante la guardia de media. Quería que mi hija durmiera, y temía despertarla con mis idas y venidas.

Cada diez minutos recorría el mundo con la mirada. A estribor parpadeaba una boya. Detrás había lo que supuse que era un barco de pesca, pues apenas se distinguían las luces de navegación. A babor aparecía otra embarcación iluminada, debía de ser un crucero con destino a Esbjerg. Cuántas portillas. Cientos de portillas bañadas en un resplandor amarillo oscuro. Aquello era una ciudad flotante. Seguro que a bordo había bares y piscinas. Y varios restaurantes. Me imaginaba a los pasajeros, caminando de local en local, como en una calle. Charlando animadamente. Vestidos de punta en blanco para la Cena del Capitán. Atrapados en líos amorosos o soñando con ellos.

Emborrachándose hasta quedarse dormidos.

Mi velero se gobernaba solo, el mar se deslizaba debajo de él sin esfuerzo alguno. Yo no necesitaba hacer nada más que pasear cada diez minutos la mirada por el mundo del que el barco seguía siendo el centro.

No me costaba mantenerme despierto; en ese círculo tan fácil de abarcar con la vista, cualquier luz en el horizonte o cualquier sombra en el agua se convertía en un espectáculo. El crucero tardó tres cuartos de hora en salir de mi campo de visión.

Yo era el hombre que lo controlaba todo.

La luna vigilaba. Brillaba con tanta fuerza que se podía distinguir cada ola. Las olas se desplazaban ordenadamente por la noche, una tras otra. De vez en cuando alguna tropezaba, volcaba y desaparecía en una franja de espuma blanca. Enseguida llegaba otra ola nueva.

Llevaba la radio sintonizada en el canal 16, pero no se escuchaba nada. Cada hora anoté la posición en el cuaderno de bitácora.

02:00 horas. Posición 55° 36' 19" norte 07° 04' 41" este. Viento noroeste 3-4, rumbo 232 grados, velocidad 5 nudos, mar llana. Todo perfecto.

03:00 horas. Posición 55° 28' 28" norte 06° 53' 20" este. Viento noroeste 3, rumbo 229 grados, velocidad 4 nudos, mar llana.

Para mi asombro, el tan temido cansancio no llegó a manifestarse.

La primera vez que María se despertó y vino a verme aún no era muy tarde. Le daba miedo el traje salvavidas. Lo cambié de sitio.

La segunda vez ya era noche cerrada.

Me asusté al ver su sombra. Por un instante, se me había olvidado que viajaba conmigo. Con cara de sueño, María salió de la cabina y se metió en la bañera, donde hacía más fresco. Tenía el pelo pegado a la cara. Daba la impresión de que no sabía dónde estaba.

—Papi—dijo—. He ido un momento al baño.

Paseó la mirada por el mundo en blanco y negro en busca de un punto de apoyo.

—¿Has soñado?

—No paro de pensar en esos mediterranos—contestó—. Si hay un

mediterrano en el agua, ¿no chocaremos contra él?

—Nosotros no chocamos contra los mediterranos—le aseguré—. Nuestro barco es muy inteligente.

—¿No puede romperse?—preguntó.

—Nuestro barco no se rompe—respondí—. Es indestructible. Es un barco superfuerte.

—¿Y tú? ¿Tampoco te rompes?

—Yo tampoco me rompo. En realidad, soy una ballena disfrazada de padre. Yo soy el rey Tritón. Y tú eres Ariel.

María me dirigió una mirada aturdida y soltó un bostezo.

—Tengo frío—dijo.

Se dio la vuelta y fue hacia la cabina sin dejar de mirarme. Se paró un momento en la entrada.

—Tú no eres el rey Tritón—sentenció—. Y yo no soy una sirenita.

—Pero podemos hacer como si lo fuéramos.

—Vale, papá. ¿Te acordarás de despertarme cuando aparezca un mediterrano? Quiero ver uno.

Se lo prometí.

Más tarde me asomé a la cabina para ver cómo dormía. Tenía la frente sudorosa. De tanto soñar. Dentro del barco hacía calor. Abrí la escotilla de escape para que entrase aire fresco. Estaba hecha de plexiglás. Girando las dos palancas de plástico negro se abría por completo.

En el mar, las escotillas siempre deben ir cerradas, porque nunca se sabe lo que puede pasar. Por las aguas marinas vagan olas monstruosas que te pueden asaltar en el momento menos pensado. Duplican en tamaño a las olas normales. Gigantes solitarios y extravagantes. No se los ve llegar. Si se abalanzan sobre un barco, pueden verter mil litros de agua por la escotilla de escape.

En los puertos y las tabernas portuarias circulan historias de olas gigantes. Las olas monstruosas van creciendo a medida que avanza la noche. Los navegantes no paran de explicarlas. No se cansan, hasta que las historias son demasiado bonitas como para deshacerse de ellas.

Me quedé mirando a María. El calor le hacía soñar. Necesitaba aire fresco. El aire fresco ahuyentaría los sueños. Abrí la escotilla. Por una vez no

pasaba nada.

17

La noche se disipó y salió el sol, más rojo que nunca. Nos hallábamos a mitad de camino. Las horas oscuras no habían acabado conmigo. Me sentía fuerte y alerta. Faltaban veinte horas. O quizá veinticuatro. Un día largo, y después todo habría terminado.

Me negaba a pensar en el final. Quería que quedara lejos. Durante las primeras horas de una travesía por mar se piensa en el otro lado, pero basta que el otro lado se acerque para que ya no se quiera ir.

—¿Te gustaría seguir hasta España?—pregunté a María en cuanto se despertó.

—Sí—contestó—, pero quiero que mamá venga con nosotros.

Saqué la caña de pescar del kit de supervivencia. Estaba equipada con siete anzuelos—todos ellos arpones relucientes—y una plomada. No hacía falta usar cebo. Arrojé los anzuelos y la plomada al agua y aflojé el sedal. Pesqué cuatro caballas. Las freí en una sartén. Ése fue nuestro desayuno.

Sólo recuerdo retazos del resto de aquella jornada. Recuerdo sobre todo que fue el primer día de mi vida que transcurrió como quisiera que transcurriesen todos los días.

Estábamos tumbados en la cubierta, al sol. María apoyaba la cabeza en mi vientre mientras le leía el comienzo de *El pequeño capitán*.

El pequeño capitán vivía en lo alto de la duna. No vivía en una casa, ni en una cabaña, sino en un barco. Un fuerte temporal, que había levantado olas como torres, arrancó el barco del mar y lo arrojó sobre la duna. Y allí estaba, varado en la arena. Nadie sabía quién viajaba a bordo. De la cabina sólo se bajó un niño, un niño pequeño con una gorra grande.

—¿Quién eres?—le preguntaron en el puerto.

—El capitán—contestó el niño.

—Ajá, el pequeño capitán—dijo el contramaestre de pelo blanco—. ¿De dónde vienes?

El pequeño capitán alzó los hombros y volvió a entrar en la cabina.

Desde entonces vivía en el barco.

María me preguntó si había gente que vivía en el mar. Le contesté que me imaginaba que sí. Personas que un día salieron a navegar y que jamás habían vuelto a casa. Gente de la que nadie se acordaba que existía. Abandonaron el puerto con un ¡hasta luego! y nunca más se supo de ellos. Se encontraban tan a gusto en el mar que habían olvidado de dónde venían. No se cansaban de seguir navegando. Bebían agua de lluvia y comían caballas. No necesitaban gran cosa. Tal vez llevaran gallinas a bordo, le decía a María, y quizá se hicieran un huevo frito de vez en cuando. Pensaban para sí: yo no molesto a nadie y nadie me molesta a mí.

—¿A ti te gustaría vivir en el mar?—preguntó María.

—Hoy sí—contesté—, pero a lo mejor mañana ya no.

—Qué bobada—dijo—. A mí me gustaría quedarme a vivir aquí para siempre.

Le hablé de Slauerhoff; traté de explicarle que en el mar echaba de menos la tierra y en la tierra echaba de menos el mar.

—Es como cuando te vas de vacaciones. Te apetece irte, pero una vez allí quieres volver a casa. ¿Lo entiendes o es demasiado difícil?

—Lo encuentro complicado—respondió María—. Creo que a los mayores os gusta complicar las cosas.

—Hoy no hay nada complicado—dije mientras me ponía en pie para contemplar el mar—. Hoy disfrutamos navegando y no nos complicamos la vida.

—Tengo ganas de pan con crema de cacao. ¿Me dejas?—preguntó.

El barco parecía flotar en el aire. Escoraba un poco a babor, pero no mucho. Las velas lo empujaban con suavidad. Todo iba mejor, más rápido y más fácil de lo esperado.

Aunque no debiera, ya estaba pensando en Harlingen. Entraríamos en el

puerto como si volviéramos de una excursión de recreo. En plena maniobra de atraque le comentaríamos al capitán del puerto que veníamos de Thyborøn. Sí, Thyborøn, Dinamarca. Los dos. Padre e hija. Qué bien, ¿verdad? No, todo ha salido redondo. Claro. Un poco cansado, eso sí, dos noches sin dormir, eso ya se nota.

Entretanto el capitán podría comprobar cómo María iba adujando los cabos de amarre con mano experta.

La hija perfecta y el padre perfecto. Nos quedamos dormidos. El piloto automático gobernaba el barco. Encima de nosotros, el sol atravesaba el cielo.

Nos despertamos. El mar había adoptado un color diferente. Como si luciera un traje de noche.

Cenamos pasta con judías blancas de bote y lo que había sobrado de las caballas. Después acosté a María. Y luego vi cómo el sol desaparecía dando paso a la luna, que se encaramaba a la noche para velar por el mundo, el barco y mi hija.

Era mi última guardia de media. Me seguía notando fuerte y alerta. Al observar los cargueros que avanzaban a duras penas hacia el norte, por encima de las islas Frisias, descubrí de pronto la tenue luz de los faros, como puntos centelleantes en una pantalla de ordenador obsoleta. Allí estaba el Brandaris. Y la isla de Terschelling, rodeada de un anillo de arena.

Sentado en la bañera con mis termos de té y café, contemplé el negro de la noche. El negro de Terschelling era un poquito más negro que el del mar; la isla parecía planear en el aire. Vi la boya cardinal por la que me había guiado, la boya luminosa de Stolzenfels, que debía su nombre al pecio del barco de la marina alemana que se había hundido en aquel lugar.

Anoté en mi cuaderno de bitácora:

05:00 horas. Posición boya luminosa Stolzenfels. Viento noroeste 2-3. Llegando a casa. María está dormida. Noche perfecta.

La noche tocaba a su fin. Busqué las tablas con las mareas, las fases lunares y las salidas y puestas de sol en el almanaque que tenía al lado. La naturaleza era tan previsible que se podía resumir en unas tablas, pensé.

Enseguida localicé el mes de agosto. Hacía poco que había habido luna llena, de modo que iba a haber marea viva. El sol saldría a las siete y cuarto.

Amanecería una hora antes, o incluso hora y media; en el mar se hace de día antes que en la tierra.

Se acabó. La Stolzenfels era el comienzo y el fin de mi viaje. Más allá de la Stolzenfels habría más boyas luminosas. Lo único que me quedaba por hacer era seguir la línea de balizas que se extendía por encima de Terschelling. Empezando por la boya luminosa de Terschellinger Gronden. A continuación venía la ZS4. Y después el barco se adentraría por entre las islas de Terschelling y Vlieland, rumbo a la mar de Frisia, mis aguas domésticas, con sus canales, sus brazos y sus ramales.

De boya en boya, sin más. El flujo de la marea arrastraría el barco hasta la mar de Frisia, pasaríamos volando junto a las balizas, de vuelta a Harlingen. De vuelta a Hagar. Me imaginaba a Hagar: se despertaba, se hacía un té, se duchaba, doblaba lentamente las páginas de una revista abajo en la cocina. Miraba el teléfono móvil y, al no encontrarse ningún mensaje mío ni de su hija, buscaba las llaves, se dirigía al coche y se marchaba a Harlingen, con la radio a todo volumen.

Aquella noche en el mar veía de todo. Pero las nubes no las vi.

18

Aquí estoy, en la cabina de proa, con cara de tonto. El tiempo ha cambiado. El barco se mueve. Oigo los golpes de las olas contra el casco y el martilleo del granizo sobre el techo.

María ha desaparecido sin que me diera cuenta. No me lo explico. Tiene que haber un motivo. Pero no se me ocurre ninguno.

No la encuentro. No me esperaba nada de esto. De repente todo está al revés.

El viaje no ha terminado. Todavía no. Quizá sólo acabe de empezar. Quizá debería volver a ponerme el traje salvavidas antes de salir a buscar a María. Pero hace mucho calor. Hace demasiado calor para quedarse en esta cabina vacía.

Atravieso el interior del barco a trompicones, salgo a la bañera. No sé qué hacer. Ha dejado de granizar. Está lloviznando. El velero se halla envuelto en brumas. Como si hubiese entrado en un baño de vapor. Temo que la niebla me impida respirar. No veo nada.

Debo mantener la compostura. No puedo caer presa del pánico. Eso es lo peor que se puede hacer en el mar. Si uno se deja llevar por el pánico, ya no es capaz de pensar.

No puede haber desaparecido así como así.

Al revolver la ropa de cama aún he sentido su calor. No puede estar lejos. No he llegado a ver nada, abajo en la cabina de proa. No he sido capaz de dar con el interruptor de la luz. ¿Habré buscado bien?

A lo mejor se ha escondido. Claro. Me está tomando el pelo. María está jugando conmigo. No sería la primera vez. Como cuando desaparece de pronto al llevarla al colegio. Se sube a su bicicleta, dobla la esquina y ahí se queda

parada hasta que la encuentro. Esos juegos nunca me han gustado. Me asustan.

La encontraré enseguida. Sobre todo no debo enfadarme. Que no se me olvide.

No es más que una broma. Sé que no ha desaparecido, pero la simple idea me atemoriza. Me produce dolor de estómago.

Al revolver la ropa de cama aún he sentido su calor. No puede estar lejos. Me asomo a la cabina.

—¿Dónde estás?—pregunto, sin levantar mucho la voz.

Gritar a pleno pulmón es señal de pánico. Y no es mi caso. Está jugando. Joder, ¿por qué tiene que ponerse a jugar justo ahora, cuando el tiempo ha cambiado y amenaza temporal?

Entro de nuevo en la cabina. Me acerco a la proa. Ahí está el interruptor. Enciendo la luz. El colchón está vacío. La ropa de cama se halla en el suelo. Ella no está. Su oso polar tampoco.

El barco se balancea. Debo agarrarme. Debo respirar.

Tengo el cuerpo de goma. La cabeza de hielo. Todo lo que piense o diga es inútil. Me he traído a mi hija al mar, y en el mar la he perdido.

—Va siendo hora de que salgas, María. Me la has jugado bien. Por un momento he creído que habías desaparecido de verdad. Voy a calentar unos bollitos en el horno.

»¿Dónde te has metido? ¡María! Está bien. Te prepararé un chocolate caliente. ¿Me has oído? ¡Un chocolate caliente en plena noche!

Mi voz se disuelve en el barco hueco.

—Venga, vale ya. Me estoy cansando. Yo estoy preparándote unos bollitos con chocolate caliente y tú te empeñas en seguir jugando al escondite.

»Muy bien, cierro los ojos, cuento hasta cinco y sales, ¿de acuerdo? Perfecto. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cuatro y medio. Cuatro y dos tercios. Cuatro y tres cuartos. Cuatro y nueve décimos... ¡Cinco!

»¡María! ¡Sal ahora mismo! Esto ya no tiene gracia.

»¡MA-RÍ-A!

Siento náuseas; estoy bañado en sudor. Abro los armarios, aunque ella no cabe dentro. Levanto las tablas del suelo.

—¡MA-RÍÍÍ-AAAA!

¿Estará en la cubierta?

Salgo de la cabina y miro en todos los cofres. Nada. Recorro la cubierta y me sitúo junto al palo mayor. Tiene apoyos de metal para trepar por él. Alzo los ojos, pero no la veo. La punta del mástil permanece invisible. Se clava en la bruma. En el baño de vapor. Quizá María se ha encaramado a la niebla. Quizá logre verla desde arriba. Me subo al palo mayor. Veo cómo el barco se hace cada vez más pequeño debajo de mí. Tiene la forma de una gota. El mástil se mueve de un lado a otro. Tengo que agarrarme bien. Debería haberme sujetado con un cabo. El sudor me resbala por la cara, ¿o es la niebla? Me duelen las manos.

No debo caerme.

—Joder.

Debe de estar en alguna parte.

Vuelvo a bajar. Con cuidado de no resbalar. No voy atado.

Me encuentro de nuevo junto al palo mayor.

Ha desaparecido. Es imposible que haya desaparecido. He permanecido despierto toda la noche. He visto todas las boyas, todos los barcos, he estado más alerta que nunca. Mis pensamientos han sido de lo más racionales. Estar dos noches sin dormir es factible. Lo he hecho más veces. En ninguna otra travesía he estado tan vigilante. Es por María. Con un niño a bordo, uno pasa a tener vista de águila.

¿He permanecido despierto toda la noche?

Todos los datos importantes los he ido anotando en el cuaderno de bitácora. Cada hora he llevado un registro de mi viaje. Nuestro viaje. Como está mandado. El cuaderno se halla en la bañera, empapado de niebla. Lo abro y repaso las horas: *01:00, 02:00, 03:00, 05:00*.

Vuelvo a repasarlas. Hay un agujero. ¿Dónde han quedado las 04:00? ¿Por qué no están?

Mi cuerpo comienza a arder. Mis venas se llenan de plomo líquido. Primero la cabeza, después el corazón, y finalmente las manos.

Ha llegado el pánico.

Una vez se supera el pánico, todo se ve más claro. En una situación de emergencia, lo intrascendente queda anulado. Así es como funciona el cuerpo, y al parecer también la mente. De pronto me veo a mí mismo desde arriba, de pie ante el timón, como si aún estuviera en lo alto del mástil. Como si la historia no fuese conmigo. Veo flotar el barco por el mar del Norte. Me

veo pensar, mecánicamente. Un hombre petrificado al timón.

Comienzo a hablar conmigo mismo.

—Mierda.

—No te alteres.

—Piensa.

Me voy dando órdenes en voz alta.

—Enciende el motor.

—Determina la posición.

—53° 26' 997" latitud norte.

—05° 10' 307" longitud este.

El barco está equipado con un sistema de navegación que indica la posición exacta. Tiene un botón rojo. El botón de emergencia. El botón MOB (*man over boat*), hombre al agua, es el que se espera no tener que usar jamás.

Lo pulso para fijar el lugar en el que he descubierto que mi hija ha desaparecido.

No es el mejor sitio, encajonado entre la isla de Terschelling y la ruta de los grandes buques en tránsito, la autopista donde los petroleros y los portacontenedores navegan en caravana. No es una zona fácil. El barco se ve muy pequeño, así en mitad del mar, y mi mundo se ha vuelto igual de pequeño.

—Maldita sea.

Se levanta la niebla. Miro las nubes. Debo hacer algo.

Descuelgo la radio, que continúa sintonizada en el canal 16. Sé lo que tengo que decir, y también sé que lo tengo que decir con calma. Lo he ensayado muchas veces, en silencio, con la esperanza de no tener que pronunciarlo nunca en voz alta. Haciendo eso quizá haya provocado que ocurriera.

«Mayday. Mayday. Mayday. Aquí el velero holandés *Ismael*. El velero holandés *Ismael*. El velero holandés *Ismael*. Posición 53° 26' 977" norte. 05 o 10' 307" este. Hombre al agua. Socorro. Cambio».

La respuesta llegará un segundo más tarde. Será una voz de Den Helder, del Centro de la Guardia Costera, de Den Helder Rescue. Así es como se llama el servicio. Me hablará una voz serena. Una voz entrenada. Tal vez lo escuche también el vigilante del faro de Terschelling. Todo el que lleve

sintonizada la radio en el canal 16 lo escuchará. La voz serena hará preguntas, siempre las mismas, concisas e impersonales, como se requiere en situaciones de emergencia. Esta situación de emergencia. Las lanchas de salvamento tardarán un cuarto de hora, o quizá media hora, en llegar, entre zumbidos de motor, sin desviar el rumbo. Sus focos rastrearán las olas. Barrerán mi barco. ¿Qué pensarán? Están entrenados, no pensarán gran cosa. Creo yo.

Vendrá un helicóptero de la isla de Vlieland.

Hombres con trajes salvavidas y botas pesadas se subirán a mi barco y recorrerán la cubierta. Hombres fornidos. Hombres de mar. Se encargarán de llevar el timón. Me harán más preguntas, a mí, el padre, el patrón del velero, el pequeño capitán en su pequeño barco, hecho de una estufa, una tina, la pata de una silla y una cadena de bicicleta. A quien se le antojó echarse al gran mar.

No, al principio a su madre no le parecía buena idea. Pero después sí. No, no llevaba puesto el chaleco salvavidas. Estaba durmiendo. ¿Cómo le iba a decir que se pusiera el chaleco para dormir? No, no he oído nada. No he visto nada. He permanecido todo el día despierto, y toda la noche, y el día anterior y la noche anterior. No, estoy seguro de no haberme quedado dormido. ¿El cuaderno de bitácora? Aquí lo tienen. Sí, es curioso. Me he dado cuenta. Sí, es extraño que falte una hora en el cuaderno. En efecto, no he tomado ninguna nota entre las tres y las cinco de la madrugada. Imagino que estaría demasiado pendiente de los cargueros. La ruta marítima. Sí, debe de ser por eso. No quería que nos arrollaran. Esos buques pueden llegar a acercarse tanto que da miedo, navegan a una velocidad increíble, siempre procuro mantenerme todo lo alejado que puedo.

Se llama María. Tiene siete años. Y tres diplomas de natación. Vestía un pijama rosa, de felpa. De esa tela gruesa, ya sabe. Es su pijama preferido. En realidad le está pequeño, pero, verá, le tiene cariño y cuando se lo pone duerme bien. Es importante que duerma. También lo dice su madre. La he acostado a las ocho y media, con Flappy. Su osito polar. De peluche, claro. Y después no he ido a verla, no.

Thyborøn. Sí, de allí venimos. ¿Cómo lo saben? Todo estaba saliendo bien. Tienen los detalles en el cuaderno de bitácora. Ya lo ven. No había ningún problema. Hasta nos hemos bañado en el camino. Qué maravilla. Sí, estaba todo bajo control. También el baño. Desplegué la escalera.

No he hecho nada mal. Mi barco está bien. Yo estoy bien. A mí no me pasa nada. No les extrañará que esté sudando un poco, ¿verdad? No, no tengo nada más que decirles. ¿Qué más podría decir? Sólo hemos salido a navegar, de Thyborøn a casa. ¿Qué hay de malo en eso? A su madre le parecía bien. ¿Por qué no buscan? ¿Por qué sólo hacen preguntas? ¿Por qué no la han encontrado todavía con ese helicóptero? ¿Tan difícil es?

No ha desaparecido. No puede haber desaparecido. Debe de estar en el barco, en alguna parte. Me he subido al palo mayor, pero no la he visto.

Si vienen, sé lo que me van a preguntar esos hombres en traje salvavidas. Y también sé qué les contestaré. Soy consciente de lo fácil que es llamarlos por la radio. Aun así no lo hago. No quiero hombres en mi barco. No quiero preguntas. No ha desaparecido; ya me las arreglaré yo solo. Para eso soy el capitán, el padre.

Cuelgo la radio. El aparato se apaga.

19

Mientras nadie sepa que he perdido a María no la he perdido. Así de simple. Puede estar en cualquier lado. Quizá sólo me esté imaginando que ha desaparecido. Me debe haber vencido el cansancio. Eso es. Seguro. Conozco el fenómeno. Uno puede pasar noches en vela creyendo que puede con todo. Creyendo que no hace falta dormir. Si uno no duerme, el cuerpo recibe una extraña carga de adrenalina, como después de tomar una droga: todo se vuelve claro y nítido. Fácil de controlar. Sin embargo, en contra de lo que pueda parecer, el estado de alerta decae. Antes de darse cuenta, uno se ha vuelto ciego. Medio ciego, en cualquier caso.

Se va acumulando una deuda, una deuda de sueño que hay que saldar. El cansancio está al acecho, dispuesto a atacar en un momento de debilidad. Durante dos noches, y dos guardias de media, todo apunta a que va a ser una travesía magnífica, una excursión por el Rin, hasta que, justo antes de alcanzar la meta, el cansancio sale de su guarida como una serpiente.

Las nubes me han distraído. Sólo me he ocupado en prepararme para el mal tiempo. No he pensado en María. Ahora tengo que pagar por mi descuido.

Dios, qué cansado estoy. Me tiemblan las piernas. Se me entrecorta la respiración, jadeo aceleradamente. Debo buscar mejor. Me quedan algunas latas de Red Bull. Las saco de la bolsa que se encuentra junto a la entrada de la cabina. Me las bebo. Ahuyentan el cansancio.

Mientras nadie sepa nada, no ha desaparecido. Mientras no se haga de día, nadie ve lo que sucede aquí a bordo.

La noche toca a su fin. Lo sé. Lo palpo incluso. La luz.

Me dejo llevar por la marea. Sigue lloviznando. El faro se ha convertido en una bombilla mate. Ya no veo la luz de la boya. Me siento en la bañera. El

barco da bandazos. Me irrita. Hasta hace poco, el barco y el mar se movían al mismo ritmo. Ahora se golpean mutuamente. A lo mejor es porque he arriado las velas. Un barco sin velas da tumbos.

El velero es lo único que me queda.

Comienzo a tomar notas en el cuaderno de bitácora. Sobre papel húmedo.

06:15 horas, posición 53° 26' 715" norte 05° 08' 913" este. Barco parado. Velas plegadas, motor apagado. María ha desaparecido.

No la encuentro. No está en la cabina de proa. ¿Ahora qué?

Posibilidades:

1. Llamar salvamento—aún no.
2. Buscar.
3. Irme.

Dejo de escribir. Las posibilidades son pocas. María vestía un pijama, nada más. No llevaba puesto el chaleco salvavidas. Debe de haber desaparecido mientras yo dormía. Entre las tres y las cinco, durante mi guardia de media. Quizá haya salido de la cabina de proa después de tener una pesadilla. Suele tener pesadillas por la noche. Debe de haber salido de la cabina, debe de haberme llamado, pero no le he contestado. Estaría dormido.

Pero si me ha llamado, debería de haberme despertado. Es imposible que mi sueño fuera tan profundo. Me froto la cabeza con ambas manos; me cuesta pensar. Lo único que puedo hacer es deliberar conmigo mismo. Estoy agotado; quiero evadirme un rato, cerrar los ojos un instante, sólo un instante. Después todo habrá pasado. Después todo volverá a estar bien.

Me sobrepongo. Soy el padre. Me acuerdo de la escotilla de escape; se hallaba abierta para que entrase aire fresco. Maldita sea, ¿por qué la habré dejado abierta toda la noche? Tal vez haya salido por la escotilla. Sí, debe de haber salido por ahí. En casa también se despierta de vez en cuando. Aparece de pronto junto a nuestra cama, bañada en sudor, como un fantasma. Balbuciendo. Hagar es la que se encarga de acostarla de nuevo. En su duermevela camina como nunca camina de día, tambaleándose, flotando, y a la mañana siguiente no se acuerda de nada. Desde luego, en estado sonámbulo es otra niña.

La primera noche en el mar también se despertó. Con el pelo pegado a la

cara. Otra María.

Eso es lo que debe de haber pasado.

Ha salido a la cubierta a través de la escotilla de escape. Se ha caído al agua mientras estaba dormida. Al agua negra. No debo pensar en esas cosas ahora. Joder, no debo pensar en su pálido cuerpo dentro de las negras aguas.

Voy hasta la cabina de proa, donde la escotilla de escape sigue abierta de par en par. La hoja descansa sobre la cubierta. Lluve dentro. Salgo a rastrear el exterior del barco. Está a oscuras. No veo nada que pueda servir de escondite. Veo muy poco. Vuelvo a la cabina en busca de la linterna frontal. Me la ato a la cabeza con la cinta de goma. El haz de luz vaga bruscamente por la cubierta, siguiendo mi cabeza; necesito mantener la calma.

Miro con la frontal por detrás de los estayes, dentro del pozo del ancla; sé que a bordo no hay donde esconderse. A bordo todo está como tiene que estar. Los cabos de amarre, guardados en el pozo del ancla; las drizas, recogidas a lo largo del palo mayor; el foque, plegado; la cubierta, brillante por el efecto de la lluvia. Impecable. Así es como uno quiere llegar al puerto de destino tras una larga travesía: intacto.

La escotilla está abierta. Debe de haber visto las estrellas al alzar los ojos. ¿Y las nubes? ¿Llovía mientras yo dormía en la bañera? En ese caso, debe de haberla despertado la lluvia, el escozor de las gotas frías sobre su carita de niña.

Eso es lo que debe de haber pasado. La ha despertado la lluvia. Ha sentido el frío en sus mejillas y, atrapada en un sueño que no cedía del todo, se ha enderezado en la cama, se ha levantado para asomar la cabeza por la escotilla, contemplando el mundo a su alrededor. Un mundo insólito y oscuro. El barco escorado por el viento. Al levantar la vista, debe de haber descubierto las velas, manchas blancas, extrañas siluetas recortadas contra el cielo oscuro. Sin saber dónde estaba. En un mundo que sin duda le daba miedo.

Debe de haber salido por la escotilla, un ángel en un pijama de felpa rosa, por la que penetraba el frío. Hasta llegar a la cubierta, al ritmo del balanceo del barco. ¿Habrá visto el faro de Terschelling? Debe de haberse agarrado primero a la escotilla, después al estay, y, con la mano en la barandilla, haber seguido por el lateral hasta la proa. Quizá ha sido una ola, una ola que la ha arrojado al agua o que ha sacudido el barco sin que se lo esperara. O quizá simplemente ha perdido el equilibrio. La barandilla le llega a la cintura; no es

fácil saltarla. Requiere un esfuerzo. A lo mejor me estaba buscando. Eso es. Ha salido a buscarme, convencida de que yo estaba fuera, y ha saltado la barandilla o se ha caído, no sé, y ha terminado dentro del agua.

María estaría medio soñando. Tal vez soñara que yo también estaba dentro del agua y que íbamos a nadar juntos en el mar del Norte.

El barco vuelve a estremecerse; es el viento, racheado y ruin, que ha salido de debajo de las nubes. Hace temblar los estayes. Se ensaña con el mástil. Gira. El barco gira con él. Ahora el viento sopla del norte, empuja el barco hacia sotavento. Hacia los bancos de arena. Debo escuchar la previsión del tiempo en la radio, debo estar al tanto de los avisos, pero no tengo tiempo, porque quiero encontrar a María, y la radio ha de permanecer apagada, por ahora.

Entro en la cabina. Abro el horno y saco el móvil. La lucecita roja parpadea. Tengo mensajes nuevos. Correo electrónico. Buzón de voz. SMS. El teléfono tiembla; son mis manos.

De: HAGAR

¿Va todo bien?

Estoy preocupada.

No consigo dormirme.

Bss.

Apago el móvil y lo guardo de nuevo en el horno.

—Sabe nadar—me digo—. Sabe nadar muy bien.

Vuelvo a la bañera a trompicones. Aún no me he quitado la linterna frontal. Ilumino el agua alrededor del barco; fluye despacio como el aceite. Apenas se ve nada. Aun así veo algo. Entorno los ojos para poder verlo mejor. Siento un fuerte dolor de cabeza desde la nuca.

En el agua hay una mancha, una mancha difusa, la enfoco y distingo dos ojos; reflejan la luz. Son los ojos de una gaviota que se deja mecer por las olas, con las alas plegadas. Pasea la mirada entre el barco y su capitán.

—Voy a buscar a María—le digo a la gaviota, que alza el vuelo—. ¡Voy a buscar a María, joder!

La linterna frontal resulta demasiado fuerte. Empeora la visión. Miro tanto tiempo a la luz que todo a mi alrededor se vuelve más negro de lo que ya

estaba. Debo acercarme más al agua. El amanecer se hace esperar, se hace esperar demasiado. ¿Por qué se hace esperar justo ahora que lo necesito? ¿Por qué no se retira la noche?

—¡No veo nada! ¿Y la luz del día? ¿Dónde está?

Una ráfaga de viento echa el barco a un lado. Un velero sin velas no hace nada, se menea sin ton ni son, flotando en el mar del Norte como el barco de papel de un niño. Los barcos de papel salen disparados para luego hundirse. Aun sabiendo que se van a hundir, los hacemos una y otra vez, les ponemos una ramita a modo de mástil y una vela de papel, y los botamos con cuidado. «Mira cómo va», le decimos a nuestro hijo, consciente de que se echará a llorar tan pronto como se hunda.

Sabemos cosas que preferimos no contar, ni siquiera a nosotros mismos. Y cuando el barco de papel se hunde, hacemos uno nuevo.

Una ola embiste la quilla del barco; pierdo el equilibrio, me doy con la cabeza en la barandilla, mi brazo derecho cae por encima, la frontal se suelta y desaparece en el agua. Me paso la mano por la frente, veo sangre, sangre mezclada con agua de lluvia, con agua de mar. La sal escuece en la herida que me he hecho en la frente. Un rasguño, pienso.

Debo reflexionar.

Debo meditar mis acciones.

Debo portarme como un adulto. Hagar me suele decir: «Cuánto me gustaría que actuaras como un hombre adulto. Un hombre que toma decisiones».

Soy un hombre adulto, Hagar. Y te lo demostraré.

María se ha caído al agua—y yo casi me caigo también—. Sabe nadar perfectamente. El mar comienza a embravecerse. Unas olas feroces, dentadas, asedian el barco, golpean el casco con sus dedos, toc, toc, pidiendo paso. Poco a poco hacen girar el barco sobre su eje. Cuanto más gira, menos sé dónde estamos.

El Brandaris arroja su tenue luz giratoria sobre el agua, órbitas luminosas. ¿Seguro que es el Brandaris?

También puede ser el faro de Vlieland, o el de Ameland. O quizá sea una torre de perforación; a lo mejor se han enterado de que por ahí fuera hay un velero en serios aprietos, SERIOS APRIETOS, y están agitando una lámpara en lo alto de la torre para avisar al pobre desgraciado que lleva el timón.

Sí, esto es lo que pensarán: ¡pero si ese bobo se ha PERDIDO POR EL

CAMINO! ¿Cómo se atreve a llevarse a esa niña al mar? ¿A quién se le ocurre? Con lo pequeña que es. ¿Dónde está el faro? ¿Dónde está María? ¿Dónde estoy yo?

Debo controlarme. ¡Fuera desesperación! Hay que hacer las cosas bien. Debo demostrar lo que soy: un padre.

20

Hoy no amanece.

Tengo la impresión de que el mundo ha decidido que el sol puede salir por donde quiera menos por encima de mi barco.

Tomo asiento. Oigo los golpes del bote de goma contra el casco.

Consulto el sistema de navegación; sigue marcando el lugar donde descubrí que mi hija había desaparecido. El barco se ha desviado milla y media. Flota sin rumbo; arranco el motor y empiezo a navegar. Con cuidado; si María está por aquí puedo chocar con ella.

Busco cualquier posible indicio. Ondas. Movimiento. Pero no veo nada. Es imposible que siga por aquí. Si se ha caído al mar, el agua se la ha llevado. La corriente es muy fuerte. Hay marea viva, hoy, cómo no.

Puede que se haya caído al agua hace una hora. O hace dos. Debo regresar. Retiro la carta náutica de la mesa y trazo una línea a lápiz uniendo las marcas que he venido señalando en la travesía. Es mi—o mejor dicho nuestra—línea de navegación. Si María está en el agua, debe de estar en algún punto entre mi posición actual y Thyborøn.

Anulo el rumbo en el sistema de navegación y pongo la proa mirando al noreste.

Recorro la línea en zigzag. Tengo el viento totalmente en contra. El agua pulverizada me azota la cara. Me despierta. Agarro la caña del timón. Con firmeza. Voy a encontrarla.

Por fin amanece; el negro se vuelve azul noche. Las olas se cubren de espuma. Pequeñas crestas mordaces. Pequeños rostros malvados. El barco comienza a cabecear. A cada golpe me despierto más. Voy a encontrarla.

—Voy a encontrarla—me digo—. Voy a encontrarla.

Regreso en zigzag a Thyborøn. Una hora. Dos horas. ¿Cuántas horas llevo ya? Todo se funde. Me pican los ojos. Ahora, con la luz del día, puedo ver más lejos. El viento traza rayas en las olas. A babor flota una serpiente de espuma. Es la corriente la que forma esas serpientes.

La corriente. Me había olvidado de ella. ¿Cómo de fuerte es la corriente por aquí? ¿Un nudo? ¿Dos nudos? Tiene la fuerza suficiente como para llevarse a María del lugar donde se ha caído al agua. Si es de dos nudos, la habrá arrastrado dos millas náuticas en la última hora, y ni siquiera sé en qué dirección. No tengo ni idea. Mientras regreso a Thyborøn en zigzag haciéndome el valiente, es posible que el mar arroje a María a una playa.

Paro el motor. No tiene sentido. En ese preciso instante la veo.

Está flotando.

La veo con nitidez. Sube y baja con las olas, pero la veo. Flota cómodamente. El agua la lleva. Claro que flota cómodamente, pienso, es agua salada. Se trata de una niña, no pesa mucho.

Alivio. La sacaré del agua, la envolveré en una manta, le prepararé un chocolate caliente, izaremos las velas, pondremos rumbo al estrecho de Stortemelk y atravesaremos el mar de Frisia hasta llegar a Harlingen, donde atracaremos y contaremos a Hagar lo bien que nos lo hemos pasado. María dirá: «La próxima vez te vienes, mamá, no tienes por qué tener miedo. ¡Es divertidísimo!».

Voy a sacarla del agua. Tiro del bote de goma. Se resiste. Me apuro. Una de las hebillas de mi chaleco salvavidas se queda enganchada en el estay de popa.

Me suelto. Tiro con tanta fuerza del cabo que el bote da un golpe contra el casco del velero. Salto la barandilla. El barco está inestable y no salto bien; acabo con una pierna en el agua. Da igual. El agua no está demasiado fría, está buena, no me importaría nadar un poco. María está cerca. Primero tengo que ir a buscarla. Saco la pierna del agua y suelto los remos que van sujetos en el interior del bote. Los ato a los escálamos y remo hacia María.

El bote pierde aire; la goma se hunde bajo el peso de mi cuerpo. María y yo lo bautizamos *El Irrompible*. *El Irrompible* es el barco del pequeño capitán. Pero ahora *El Irrompible* hace agua.

María se halla a unos cincuenta metros de mí, o quizá cien, resulta difícil calcular la distancia en el mar. Me acerco a ella de espaldas, para poder

remar con más fuerza. Cada cierto tiempo giro la cabeza y compruebo si la veo por entre las olas. Ahí está. En la cresta de una ola. Flotando tranquilamente. Me cuesta remar. Más de lo que había pensado. O el bote de goma no está inflado correctamente o se ha vaciado hasta la mitad. El caso es que casi se pliega en dos bajo mi peso.

Sigo remando. Dentro de nada todo habrá pasado, falta ya muy poco, empiezo a sentir lo que sentiré cuando la saque del agua y la apriete contra mí. Mierda, la manta. Debería haber traído una manta. ¿Cómo es que no me he acordado antes?

Me cuesta cada vez más seguir remando, el bote se llena de agua por culpa de una ola. Remo solo en medio del mar. Estoy protagonizando el paseo en bote de remos más importante de la historia y nadie me ve. Nadie lo sabe. No lo sabe el farero, ni tampoco Hagar ni mis compañeros de oficina. Me siento viejo. Un anciano. Me siento como el remero de un sueño; el remero que no avanza, que rema por entre el fango. Remo y remo y las blancas palas se salen del agua, tengo que empujarlas con más fuerza. No puede faltar mucho.

A cada ola grande, el bote de goma se pliega en dos y se llena de agua, agua clara. Mis remos empiezan a sacar ristras verdes a la superficie. El bote entra en un prado de hierba de mar. Los remos quedan atrapados, y, al retirarlos, me llevo varios matojos de hierba. Tengo que hundirlos menos para poder avanzar. Tengo que hundirlos más para poder avanzar.

A lo mejor Hagar ya va de camino a Harlingen, sí, estará en el coche, en algún punto del Gran Dique, desde Kornwerderzand verá el mar. Puede que se pare un momento junto a la esclusa. Hay un mirador. Al bajarse del coche verá un velero y pensará que somos nosotros. Pero no seremos nosotros. Aún no.

Remo. Me duelen las manos de tanto remar. Remo hacia la desvaída boya de pesca que confundo con mi hija. Aún no sé que es una boya de pesca desvaída. Lo sabré cuando consiga sacar los remos de entre la hierba de mar y haya remado hasta la boya. Una vez allí, me doy cuenta: María no está. Sólo hay una bola corroída de plástico naranja que arrastra tras de sí una vieja colección de algas colgando del cabo. El cabo está cuajado de percebes. No es María.

María no está. Me están tomando el pelo. Me están poniendo a prueba. Alguien me está gastando una broma macabra.

Quiero que esto termine ya.

Me veo flotando en el mar del Norte en un bote de goma medio desinflado. Me subo las mangas, hace mucho calor. Estoy sudando. Me sangra la mano derecha, lo veo ahora; tengo las manos blancas del agua y llenas de ampollas.

Estoy de rodillas en mi bote, que hace agua por todas partes. Tiro del cabo cubierto de percebes y guardo la boya de pesca dentro. No sé por qué. No es buena idea. El bote de goma se pliega en dos bajo el peso de la boya. Empujo los costados con ambas manos intentado levantarlos; debo soltarlos para evitar hundirme, pero el bote se llena de agua y una ola me hace perder el equilibrio. Noto cómo el bote desaparece debajo de mi cuerpo. Sale disparado, como quien sujeta un balón entre las rodillas en una piscina. Hasta que ya no consigo apretarlo por más tiempo.

Estoy dentro del agua. El bote de goma se encuentra a mi lado, transformado en basura. Un cadáver gris. Sigo aferrado a la boya de pesca. Se me ha abierto el chaleco salvavidas; se hincha automáticamente cuando entra en contacto con el agua. Hace «pfffff» y ya está inflado; por atrás el cuello es tan grande que empuja mi cara contra el mar. Mis botas empapadas de agua tiran de mí hacia abajo, hacia el fondo; a lo mejor no son mis botas sino una sirena. Ariel.

Mi chaleco salvavidas me empuja hacia arriba. Mis botas tiran de mí hacia abajo.

El agua no está fría. Es una suerte. Incluso resulta agradable sentir su abrazo.

21

Pido socorro, aun cuando no hay nadie que pueda oírme. Grito para oírme a mí mismo; yo contra el mar. Yo contra mí. Y contra todo lo demás.

Al estar dentro del agua todo me parece más grande. La deslucida boya de pesca se ha transformado en un monstruo naranja. El mar me levanta, veo mi velero, una mancha oscura a doscientos metros, quizá, no sé decirlo con certeza. Observo cómo el largo brazo del Brandaris se pasea por encima del agua, cuatro segundos cada vez. Casi puedo sentir la luz del faro.

La cadencia de las olas me resulta agradable. Me mecen hasta que me quedo dormido.

Dicen: no hay nada que hacer. Duérmete. Tranquilo. Ya nos encargamos nosotras. Te vamos a mecer para llevarte lejos, hacia tu infancia, hacia cuando eras bebé. E incluso más allá, cuando no eras nada. No tienes por qué preocuparte. Las preocupaciones pertenecen al pasado. Nosotras te mecemos llevándote lejos de aquí. Ya no son necesarias.

Llega una ola con mucha espuma que se abalanza sobre mí. Me golpea en plena cara, como un boxeador, y me despierto. Tengo que hacer algo. Aún no está todo perdido. Tengo que volver al barco y tengo que encontrar a María; debe de estar en alguna parte.

Trato de nadar en dirección a mi velero, sólo alcanzo a verlo cuando floto en lo alto de una ola. Lo veo, no lo veo—como si alguien me vendara y desvendara los ojos una y otra vez—. Tengo que nadar. El barco es mi única salvación. Está muy lejos; como si hubiera dejado de ser mío. Tal vez sea otro barco. Tal vez me encuentre en un lugar distinto.

Comienzo a nadar. Me estorba el chaleco salvavidas. Las olas tiran de él mientras nado. Me empujan hacia atrás, hacia la izquierda, hacia la derecha,

hacia abajo; no hay ni una sola ola que me empuje hacia mi barco. El chaleco me levanta sobre el agua y me impide nadar en condiciones. Mis botas tiran de mí hacia abajo. La goma se ha convertido en plomo.

Me quito las botas debajo del agua. Introduzco la mano en el bolsillo exterior de mi pantalón de vela, en busca de mi navaja. La llevo siempre en el mismo bolsillo, por si acaso. No la he utilizado nunca. Es una navaja de acero inoxidable. La sostengo sobre el mar, a la altura de mi cara, y la abro. Mi mano derecha empieza a sangrar por el esfuerzo. Sujeto la navaja sobre el agua y trato de rasgar el chaleco salvavidas. Por un instante el chaleco se hunde, pero enseguida recupera su posición inicial. Es un chaleco caro, hecho para que no se rompa. Hoy se tiene que romper sí o sí.

Le pego un navajazo tras otro y, al final, consigo rasgarlo. El chaleco se desinfla entre silbidos. Ahora me encuentro en pleno mar del Norte junto a un bote de goma roto y un chaleco salvavidas hecho jirones. Me quito el chaleco y echo a nadar. Dejo caer la navaja, se hunde debajo de mí. Ya no me hace falta, ni tengo fuerza suficiente para recuperarla.

Mis piernas dan patadas en el agua. El barco se acerca. El barco se aleja. El barco se acerca. El barco se aleja. Cada vez que salgo a respirar mi velero ha cambiado de sitio, pero me dirijo hacia él, tengo energía de sobra para seguir nadando todo el día, para nadar hasta la playa de Terschelling o hasta Harlingen con María a cuestas. La llevaré a casa. No me conocen.

El barco. Ahora el barco está cerca, oigo los resoplidos del diésel. El motor escupe agua. El barco retrocede. Las olas lo empujan hacia atrás. El agua levanta primero la popa y después levanta la proa, un balancín de poliéster.

Estoy al lado, apenas consigo mantenerme a flote. El casco del velero se eleva sobre mí, como la pared de una montaña. Nado hacia la escalerilla de baño, pero no está.

—¡Joder!

Si te lanzas a nadar, acuérdate de desplegar la escalerilla. ¿María? ¿Me has entendido? Si te olvidas, no hay manera de volver a subir a bordo.

Me quito el jersey debajo del agua. Pesa demasiado. Tengo mucho calor. Nada más quitármelo se aleja, arrastrado por la corriente, medio sumergido en el mar. Parece una gaviota, una gaviota de agua, con las alas extendidas.

Trato de pensar.

Sin escalerilla de baño no conseguiré subir a bordo. ¿Y entonces?

Debo esperar la llegada de una ola grande que me empuje casco arriba. Después, tengo que aferrarme a la regala, pero ¿cómo saltaré la barandilla? Debo intentarlo. Espero a una ola grande, respiro hondo, estiro los brazos hacia el casco, trato de agarrarme al borde que recorre todo el barco, pero me caigo al agua. Otra vez. Y otra. Mi mano derecha no deja de sangrar. La sal me escuece en los ojos.

Nado hacia la popa y trato de soltar la escalerilla de baño, pero no lo consigo. El mar levanta la popa y me quedo colgado del velero como un gimnasta de una barra.

—Cuidado con el escape—me digo—. Está hirviendo.

El tiempo que llevo. La hora que es. El lugar donde me encuentro. El porqué de todo. Nada de ello importa. Lo único importante es subir a bordo para salvar mi propia vida y la de María. Pronto. Tal vez.

Yo mismo me lo he buscado. Quería lanzarme a la aventura. Los libros de aventuras suelen contar historias heroicas. El hombre contra el mar. El hombre contra la montaña. El hombre contra la selva. El hombre contra la naturaleza. Sin embargo, la aventura en la que me he embarcado yo no tiene nada de romántico. La mía es fría como una piedra.

La gente normal huye de las aventuras, y con razón. El montañero sabe que su suerte está en manos de la montaña. ¿Acaso le importa a la montaña que el montañero se despeñe?

Mi suerte está en manos del mar. ¿Acaso le importa al mar que yo fracase? Hasta ahora lo consideraba mi socio, un amigo con quien compartir experiencias. Tenía tres amigos de verdad: Hagar, María y el mar. Pero el mar no es amigo de nadie. El agua no tiene sentimientos ni historia. No hace nada, simplemente existe. Si asesina o ahoga a alguien, lo hace por la propia estupidez de uno mismo. El mar no es amigo ni enemigo.

Si yo acabo dentro del agua, es lo que hay. Si de ello depende todo mi futuro y el de otras personas, no es culpa del agua. Al agua le importa un comino todo esto.

El problema del ser humano es que lo humaniza todo. El ser humano cree que el agua tiene un plan. Quiere ser más fuerte que el agua, mientras que el agua es lo que es: agua, sin pensamientos, sin segundas intenciones.

Nado hasta la proa. Me cuesta mantener la cabeza a flote. El agua está

hirviendo. De la barandilla cuelga un cabo de amarre que María adujó al salir de Thyborøn. El extremo está suelto. Sobresale de la barandilla hasta la mitad del casco; cada vez que la proa cae en picado el cabo toca el agua. Si sólo pudiera agarrarlo. Podría ser mi salvación. Quizá.

Observo el movimiento del barco, que es también el del cabo de amarre. Arriba. Abajo. Elijo una ola y agarro el cabo con la mano derecha—¡qué dolor!, ¡cómo me duele la mano!—, me lo acerco, espero la llegada de la ola siguiente, una muy grande, la más grande hasta ahora. La proa se hunde debajo del agua, vuelve a levantarse conmigo colgando del cabo y entonces paso la pierna derecha por encima de la barandilla. Cuelgo del barco con la mano ensangrentada apoyada en la barandilla y un pie en el pasillo lateral.

Y ahora arriba. Aún no lo he conseguido del todo. Aúpo mi cuerpo. Se me abren las ampollas de las manos. Me aúpo a mí mismo. A bordo. Me dejo caer por encima de la barandilla y aterrizo en el pasillo. Podría quedarme aquí tumbado. Un león marino medio muerto. Pero no me concedo ni un solo minuto. Me levanto con ayuda del estay y, tambaleante, voy hasta la bañera, donde todo sigue como cuando he saltado al bote de goma. Hace mucho tiempo.

Consulto el sistema de navegación para comprobar dónde estoy. La posición apenas ha variado. El viento ha apartado el barco y la corriente lo ha devuelto a su sitio. Por eso me he encontrado el barco en el lugar donde lo había dejado, como cuando está fondeado. Ni que me hubiera estado esperando, a modo de un perro fiel. A mí, y a María.

Estoy de pie en la bañera, junto al timón, con la ropa empapada. O lo que queda de ella: una camiseta y mi pantalón de agua.

Son las cinco de la tarde.

22

Realmente no me queda más remedio que pedir socorro. Que vengan con sus ruidosas lanchas de salvamento, con sus helicópteros, con sus preguntas.

Solo no puedo.

El manto de nubes se agrieta, como barro reseco. A través de las grietas, el sol arroja su luz, aterciopelada, sobre el barco, sobre mí. El sol de la tarde. Sobre el mar azul. A esta hora, el anillo de arena que rodea la isla de Terschelling es de oro.

Envuelvo mi mano derecha en un paño. Ha dejado de tener el aspecto de una mano. Debería ir a buscar el botiquín, pero no lo hago. Enciendo la radio.

Empuño el auricular con la mano izquierda y digo:

—Eh, Brandaris. Aquí el velero *Ismael*. Cambio.

No obtengo respuesta.

Hablo demasiado bajo.

Debo hablar más alto.

Debo decir *mayday* y, de hecho, quiero decirlo, pero no me sale. Digo:

—Brandaris, Brandaris, Brandaris. Aquí el velero *Ismael*, ésta es una llamada de emergencia. ¿Me entiende? Cambio.

Hay mucho ruido de fondo.

Escucho una voz:

—¿Cómo?

Digo:

—Brandaris, aquí *Ismael*. Quería..., eh..., sólo quería informar de que dentro de poco vamos a entrar en el estrecho de Stortemelk. Ahora... ahora mismo pongo rumbo a Harlingen. Quería comunicárselo. Simplemente porque creí que...

La voz dice:

—¿A qué te refieres? No te oigo bien.

Digo a la radio:

—Brandaris..., bueno..., déjelo. Sólo quería informar de que... Da igual. Tendrán cosas más importantes que hacer, no soy más que un pequeño velero en el mar, un capitán de recreo. Ya me las apañaré. Cambio y corto.

La voz se acerca.

—¡Ah!—exclama—. Estás hablando por la radio. ¿Qué hora es? ¿Es muy tarde?—Bostezos—. ¿Dónde está mamá?

El auricular se me escurre por entre los dedos. Miro dentro de la cabina. Se ha despeinado. Bosteza. Lleva puesto su pijama. Siento su calor pese a la distancia que nos separa.

—Tengo hambre—anuncia María.

Sale de la cabina, recorre el mundo a su alrededor con la vista y se sitúa frente a mí.

—Papi—dice—, ¿por qué me miras con esa cara?

23

Esto es nuevo. No lo comprendo. Está aquí. No ha desaparecido. He estado buscando a María y ahora la tengo delante, como un espíritu del agua.

—Papá—dice—. Papi, ¿estamos llegando?

Lo único que puedo hacer es hacer como si no hubiera pasado nada. Si le cuento qué ha ocurrido esta noche, lo de la boya de pesca y el bote de goma desinflado, lo de la escalerilla de baño sin desplegar, no hará más que preocuparse. Ahora que casi hemos llegado.

—Voy un momento al baño—dice María entre bostezos—. Vuelvo enseguida.

De pronto entiendo lo que ha pasado. Tiene su lógica. Por la noche se ha levantado para ir al baño. Justo en el momento en que yo he ido a la cabina de proa. Mientras yo la buscaba, ella estaba en el baño. ¿Por qué no he caído antes?

María suele levantarse por la noche para ir al baño. En casa oigo que se abre la puerta de su habitación, el ruido de sus pies de niña en la escalera. Escucho cómo vuelve a subir los escalones, se acuesta con un suspiro y apaga la lámpara.

Eso hace todas las noches, en casa. No se me había ocurrido que pudiera hacer lo mismo en el mar.

He registrado la cabina de proa de arriba abajo, los armarios, he levantado las tablas de madera del suelo, he abierto los cofres, me he subido al palo mayor, pero se me ha olvidado mirar en el baño.

María no estaba jugando conmigo, sino que estaba haciendo pis. En ningún momento ha salido del barco. Me he inventado una historia y he terminado por creérmela. Una historia que casi acaba conmigo.

Mi cuerpo echa humo. Bajo el sol. Necesito hacer café. El cansancio me oprime la cabeza. Apenas consigo pensar. Los meridianos de mi cabeza se han soltado y se han enredado, no hay quien se aclare.

María no ha salido por la escotilla de escape ni se ha caído al agua. Me lo he inventado todo. La he estado buscando tontamente. Se ha despertado, ha ido al baño y ha regresado a la cabina de proa, donde ha seguido durmiendo mientras yo la buscaba. Mientras yo flotaba en el agua con riesgo de ahogarme.

Si yo no hubiera subido a bordo, María habría tenido que salir a buscarme. En ese caso no habría desaparecido ella, sino yo.

¿Lo habría hecho? ¿Qué hace una niña que se queda sola en el mar?

Es un error. He cometido un error. Algo ha hecho que, al final, todo salga bien. Algo ha ordenado a las nubes que dejen mi velero en paz.

Intento no pensar en ello. El viaje aún no ha terminado.

Hablo. De pie en la entrada a la cabina, le cuento a María lo ocurrido. María está dentro, no llego a verla, hablo muy alto. Le cuento que, al no dar con ella, decidí salir a buscarla. Le hablo de mi mano derecha. La sangre ha atravesado el paño. Mis ojos. Me pasa algo en los ojos. Me pican, y cuando me los froto, sólo veo manchas negras bailando. Debo mostrarme alegre y fuerte. Al ver a su padre alegre y fuerte, los niños también lo son.

—Qué bobo he sido, ¿verdad, María?—digo—. He salido a buscarte mientras tú estabas a bordo. ¡Sin ni siquiera desplegar la escalerilla de baño! Por suerte he podido agarrarme al cabo que colgaba de la proa.

No contesta. Está jugando con sus muñecas, pienso.

—Tú quédate en la cabina de proa—añado—. Ahí dentro hace calor. Ahora te llevo un chocolate caliente.

Hace frío. Ya no hay nubes, el cielo se abre y el sol abraza mi velero, pero ¿a qué viene este frío?

Enseguida entro a preparar el chocolate caliente. Primero me voy a quitar la ropa. Se me ha pegado a la piel. Necesito quitarme de encima este frío que me acaba de entrar: estoy temblando. También necesito comer algo. Sopa. Pan.

Está aquí. Siempre ha estado aquí. Esto debe ser suficiente para perseverar.

Voy hasta la cubierta, descalzo, me dirijo a la proa tratando de no

tropezarme con los cabos y las poleas que están tirados por el pasillo lateral. ¿Cómo es posible que todo eso esté por el suelo? Si la cubierta estaba impecable.

Me pongo de rodillas junto al pozo del ancla; la proa mira a la isla. Abro el pozo y busco el ancla, nunca antes me ha resultado tan pesada. Lanzo el ancla al mar y desando el camino a trompicones por la cubierta. Entro en la cabina y me cambio.

—Vaya, vaya—le digo a María—. Cómo ha llovido, y ha hecho mucho viento. Me he quedado helado.

—Mmm—contesta.

—Bah—prosigo—, menos mal que tú estabas durmiendo. Menuda noche... Y papá haciendo guardia. La próxima vez te encargas tú. Es broma. Ha ido todo perfecto. Falta muy poquito. Ahora llamo a mamá para decirle que estamos llegando. ¿Te apetece llevar el timón en este último tramo? Ay, qué frío tengo. Voy a prepararme una sopa. Algo caliente.

María dice:

—¿Por qué no te duermes un rato, papá? No pasa nada.

Me tumbo en el banco que se sitúa a babor. Me despierto.

Son las dos de la madrugada. Me ha echado por encima dos mantas, dos mantas calentitas de lana de oveja que compré en las islas Hébridas, en la costa oeste escocesa. Se las compré a una mujer que me aseguró que en breve llegaría el frío. El final del verano siempre llega antes de lo previsto, dijo. Y en el mar del Norte hace frío siempre, incluso en verano.

Me cobró muy poco por las mantas. Huelen a grasa de oveja. Abrigan mucho. Mucho no, muchísimo. Como el abrazo de una mujer.

Debo navegar.

Debo llamar a Hagar para decirle que todo está bajo control. Se preguntará por qué tardamos tanto.

Estoy cansado. El cansancio me obliga a tumbarme de nuevo en el banco. Duermo.

Son las cuatro.

Me levanto. Busco la frontal. Ya no está. Después de trastear un poco, encuentro una linterna. Con la linterna entre los dientes salgo a la bañera.

La noche ha vuelto a envolver mi barco. La proa ya no mira a la isla. Es una noche clara, el Brandaris estira sus largos dedos, y distingo otros cuatro faros que forman una fila. Texel, Vlieland, Ameland, Schiermonnikoog. Todos brillan para mí. Para nosotros.

Grito a la cabina.

—¡Eh, María! ¡Mira cómo brillan esos faros! ¡Sólo para nosotros!

No contesta, debe de estar jugando otra vez con sus muñecas. O quizá esté dormida. Sí, claro, está durmiendo. Es temprano. No ha dicho gran cosa desde que la he encontrado, no ha salido de la cabina. Lo entiendo. Dentro está segura. Allí espera a que lleguemos a casa. Por mí, María no tiene que salir a cubierta. Me defiende muy bien solo. Eso mismo le dije a Hagar: «Por mí, María puede hacer lo que quiera. Si he sido capaz de rodear Gran Bretaña en solitario, también saldré de ésta».

Es una noche fantástica. La luna ilumina como una luz halógena. Las boyas me guiñan el ojo. No hace falta que parpadeen para verlas. Con sus cuerpos corpulentos. Con sus anclas hundidas en las profundidades del mar.

Me acuerdo de la oficina. Mis compañeros de oficina se parecen a estas boyas. Fijados al fondo con un ancla. Se balancean un poco en el agua, y ésa es su vida. No pueden ir a ningún lado. Y están encantados. Sus anclas les ofrecen un asidero.

—¡Buenos días, boyas!

Estoy alerta. He vuelto.

Entro en la cabina, abro el horno y saco el móvil. La batería está prácticamente agotada. Nada más sacar el teléfono llega un SMS nuevo.

De: HAGAR

¿Dónde estás?

Voy a llamar a la guardia costera.

En Hotel Zeezicht.

Le envío un mensaje.

Para: HAGAR

Tranquila.

Problema con el motor.

Llego en 5 horas.

Bss.

Si me doy prisa, podemos entrar en el puerto de Harlingen a la salida del sol. He dormido, no falta mucho, estoy alerta, debo concentrarme. Antes de que se den cuenta estaré de vuelta.

Arranco el motor. Izo la vela mayor. Se agita con suavidad contra el mástil, soltando finas gotas. La vela refleja la luz de la luna. Largo la escota de la vela mayor, fijo la driza, aflojo el amantillo, tenso la trapa; soy capaz de manipular todos los cabos a ciegas. Puedo llevar este velero a casa con los ojos cerrados.

Me duele la mano derecha. La envuelvo en un paño limpio.

Voy hasta la proa y levo el ancla. La cadena está mojada. El paño limpio se empapa, las manos me escuecen por el agua salada. Tengo que levar el ancla como sea, la subo y la arrojo a la cubierta.

Voy hasta la popa y echo la caña del timón a un lado. El velero escora a babor, toma velocidad, efervescencia plena, como antes; el viento empuja mi barco por el agua de esa forma que tanto me ha entusiasmado en los últimos meses. Apago el motor. Ha estado toda la noche encendido, el diésel debe de estar a punto de acabarse. Sigo temblando. Pero navegamos, mi barco, María y yo. Navegamos y lo que queda atrás, atrás queda.

Si fuese necesario, podría regresar en barco a Thyborøn. ¡Sin problema!

—Muy bien, María—digo—. Obstáculo superado. Un poco de concentración y llegamos.

Sigo hablándole.

Está dormida, pienso. Cuando ponga el piloto automático, pasaré a verla un momento. Es muy buena. Esta noche me ha echado encima las mantas. Una niña de siete años que arropa a su padre es una niña especial. Es más fuerte que yo.

Hablo conmigo mismo. Eso ayuda. Para no distraerse. Hablar con uno mismo no tiene nada de malo.

—Vamos a hacerlo como está mandado—digo—. No te salgas de las boyas, María. Quédate dentro del canal de navegación. Así no hay peligro.

Enciendo la radio y establezco contacto con el Brandaris. Informo al

farero de que el *Ismael*, por fin, va de camino a Harlingen.

—Ajá—contesta—. Ya creíamos que se iba a quedar ahí para siempre. Está claro que usted no tiene prisa.

—En efecto—digo—. Quería esperar a que escampara. Las nubes no auguraban nada bueno. Y cuando uno está de vacaciones, busca cualquier excusa para disfrutar del mar hasta el último momento.

—Ya veo—concluye el farero—. Y mientras tanto, nosotros trabajando.

Es un hombre afable. Sin duda me habría rescatado si no hubiera logrado salir del agua.

Mejor ni pensarlo.

Lo que ha pasado en el agua no existe.

Sólo tengo que seguir creyendo que no ha pasado para que realmente no haya pasado. Estamos navegando.

Cuento las boyas, me ofrecen un asidero. Digo sus nombres en voz alta. Los grito a pleno pulmón.

—¡Terschellinger Gronden! ¡Zuider Stortemelk 6! ¡Stortemelk 2! ¡Stortemelk 4! ¡Stortemelk 6! ¡Vliestroom 3! ¡Vliestroom 9! ¡Inschot 1!

Pasamos volando por delante de ellas. Por delante de las boyas. Como un aerodeslizador. Como en una montaña rusa. No necesito hacer nada, el barco se mueve solo. Cuando navego así me gustaría continuar sin tener que bajar a tierra nunca más. Rodear Inglaterra de nuevo. Pero eso no se hace llevando a una niña a bordo. Una niña encantadora. La niña más encantadora del mundo. Dormida en la cabina de proa.

Dios, qué mal lo he pasado al descubrir que no estaba. Sí estaba. El universo entero se habría vuelto contra mí si hubiera llegado a puerto sin ella. No, en ese caso simplemente no habría regresado. Habría seguido navegando hasta la extenuación.

Basta ya de pensar tanto. Debo olvidarlo todo, será lo mejor. Lo ocurrido ya no importa. Retiro el paño. Miro mis manos blancas y lastimadas. Ya no hay sangre. Dentro de nada las heridas se cerrarán sin dejar marca. Ni cicatriz ni nada. Sólo quedarán los buenos recuerdos.

Vuelvo a atar el paño.

—¡Tú sigue durmiendo, princesa!—grito a la cabina—. Papá te llevará a casa.

Sé cómo respira en sueños. Conozco tan bien a mi hija que siento su respiración mientras ella duerme en la cabina de proa, protegida y calentita.

El barco deja una estela de espuma que tarda en difuminarse. La huella de un reactor en el cielo, la estela de un avión. La marea arrastra el velero, pasamos volando por el Vliestroom, junto al Richel, el reluciente bajío que, al quedarse seco, es invadido por miles de pájaros a la vez. Cantan y bailan, como un comité de recepción. Forman parte del conjunto. Forman parte de mi viaje. Casi logro entender lo que dicen.

En el bajío abundan las focas.

—¡Hay focas en el Richel, María!

Las focas yacen en la arena como gruesas salchichas, algunas se deslizan dentro del agua, asustadas por el barco. Se contorsionan, como animales de circo.

La luz del alba aparece de golpe. Como si alguien abriese los estores de un tirón. Una luz fría, clara y limpia. El mar de Frisia. El mar de Frisia se despierta. Voy viento en popa. Veo más barcos. Un pesquero. Varios pesqueros. Los palos de un clíper. Paso junto a la isla de Griend, donde no vive nadie y a mí me gustaría vivir. Veo la silueta de la costa, el escarpado dique de cierre, los hangares de Harlingen. La gran silueta gris del mundo habitado.

Debería comer. O beber.

No tengo hambre. Ni tengo sed. Luego. Cuando le cuente a Hagar que me he encontrado a mí mismo en el mar.

Espero que Hagar se alegre cuando entre en el puerto. Quizá se sienta orgullosa de mí. Me la imagino esperando en el muelle. Me saludará con la mano. Tengo que inventarme algo divertido, algo que podamos hacer juntos. El regalo, se me ha olvidado comprarle un regalo.

Veó el malecón. El gran malecón de Harlingen que se adentra en el mar. Me agarro a él. Si me agarro a él no hay pérdida. El gran malecón es como el pasamanos de una escalera.

Me adelanta un ferri. Va repleto de pasajeros. Vuelven de las vacaciones, al igual que yo. Los saludo con la mano y los llamo a voz en cuello. Han adornado el ferri con guirnaldas. ¡Míralo! Un barco vestido de fiesta. ¿Habrá colgado esas guirnaldas para recibirme a mí?

Sigo vociferando.

¡Eh! ¿Veis este velero? ¡Lleva a un padre y a una hija a bordo! ¡Hemos llegado hasta aquí sin problema nada menos que desde Dinamarca!

Así ya se puede volver a casa. Experiencia marinera, chicos. Aventura.

Dios, cómo me duele la mano derecha. Qué mareo. Mis rodillas. El temblor hace que choquen entre sí. Dios, qué frío.

Pero al meterme por entre los espigones de Harlingen me enderezo. Enderezo la espalda, la espalda de un triunfador.

24

Hagar se encuentra junto a la esclusa norte de Harlingen. Espera a su marido, que vuelve del mar. Su marido se llama Donald. Ha estado tres meses navegando. Hagar tiene curiosidad por escuchar sus aventuras.

En el puerto no hay mucho movimiento. A excepción de una draga que entra y sale una y otra vez. Se encarga de ahondar y limpiar los canales de navegación del mar de Frisia. Cuando se llena de fango regresa al puerto a descargarlo.

Hay poca gente en Harlingen.

En la esclusa norte hay un esclusero. Mira de vez en cuando a Hagar desde su garita acristalada, a la espera de que llegue alguna embarcación.

Hagar permanece de pie, como una estatua. Lleva el móvil agarrado en la mano derecha. Cada cierto tiempo llama a su marido, pero no contesta.

El último SMS que ha recibido de él es de primera hora de la mañana.

Para: HAGAR

10 millas al norte de Tersch.

Esperando a que amanezca.

Todo bien a bordo, lluvia,

llegaremos Harlingen aprox. 12:00 h.

Nos lo estamos pasando bomba.

Bss.

Llegada prevista para las doce. Es decir, ya mismo. Al parecer, Donald se estaba divirtiendo tanto que se había pasado al plural mayestático. Ella le ha contestado.

De: HAGAR
Me alegro.
Disfruta.

Desde entonces Hagar no ha vuelto a tener noticias de su marido.

Mira al puerto, pero no hay ningún mástil. Lo primero que espera ver es el palo mayor del velero. Por el momento no espera nada más. O sí, que Donald vuelva distinto a como se fue.

Los meses sin él han sido agradables. Más tranquilos. Como si nadie le hubiera echado realmente en falta. En las últimas semanas, María apenas ha preguntado por él. Desde luego, ella no piensa contárselo. Con lo sensible que es. Un comentario de ese estilo le desconcertaría completamente, piensa. Se lo toma todo demasiado en serio.

Hagar también piensa en la carta de despido. Llegó el día anterior. Dice que Donald lleva tres meses sin pasar por la oficina. El director lo lamenta mucho. Habría preferido comunicárselo en persona, pero no ha conseguido localizarlo.

Hagar sospecha que debe de haber un error: un descuido del Departamento de Personal y Organización. Donald lo había arreglado todo. Le había dicho: «Cariño, están tan contentos conmigo que me seguirán pagando los tres meses».

«Le deseo mucha suerte en su trayectoria profesional», dice la carta del director.

Nada más llegar a casa, Donald tiene que llamar a la oficina, piensa Hagar. El cielo está despejado sobre Harlingen, hace un día claro. Hagar mira al esclusero, que sigue sentado en su garita acristalada. La saluda con la mano. Debe de preguntarse por qué espera ahí junto a la esclusa, y a quién. Hagar consulta la pantalla del móvil. Son las doce y media.

Mira a María, que está a su lado.

—¿Le pasa algo a papá?—pregunta la niña.

—No—contesta Hagar—. Hemos llegado muy pronto.

25

María está junto a su madre. Es una niña decidida, de pelo oscuro, media melena. Tiene el mismo porte que Hagar: la espalda recta, siempre.

—A lo mejor tenemos que esperar un poco más de lo previsto—dice Hagar—. No importa, ¿verdad? Así la alegría será mayor.

María lleva una mochila infantil con forma de ballena. Dentro tiene un dibujo para su padre, y un barquito de masa de pan que ha modelado especialmente para él. Es un pequeño velero con el nombre pintado en grandes letras amarillas: ISMAEL. Lleva un palillo a modo de mástil, y del mástil cuelga un trozo de papel, la vela, que también lleva escrito en grandes mayúsculas: ISMAEL. Y: SUPERPAPI.

En el coche, de camino a Harlingen, el palillo se ha roto. «Espero que a papá no le importe», ha dicho María. Y Hagar ha contestado: «Claro que no. Ya lo repararemos».

Hagar y María esperan junto a la esclusa norte, como dos estatuas. La una y media. El esclusero abre la ventana de su garita y pregunta a voces:

—¿Está usted esperando, señora?

Hagar contesta:

—¡Sí, estoy esperando a mi marido!

María grita:

—¡Papá está a punto de llegar en su barco!

El esclusero:

—¿Qué clase de barco es?

María:

—¡Un velero! ¡De color rojo! ¡Se llama *Ismael*!

El esclusero:

—De momento no veo nada. Tengo buena visión desde aquí, pero hasta donde me alcanza la vista no hay ningún velero. Tampoco aparece en el radar. ¡Estaré atento y les aviso!

María toma la mano de su madre.

—¡Gracias!—grita Hagar.

—¿Crees que a papá le gustará mi barquito?—quiere saber María.

—Claro—responde Hagar—. ¿Le has echado de menos?

—Claro—dice María.

Hagar se acerca al esclusero y le pasa su número de móvil.

—Vamos a dar una vuelta. ¿Puede llamarme en cuanto vea llegar el barco de mi marido?

—Por supuesto—contesta el esclusero—. Un barco rojo llama la atención. Estaré pendiente.

Hagar y María dan un paseo por Harlingen. Compran ropa en una tienda de la cadena Hema. Se comen un sándwich en el puerto. Curiosean en un establecimiento que vende lámparas náuticas de cobre y cuadros pintados al óleo de veleros que luchan contra un mar bravío.

De vez en cuando ven entrar un yate. Hagar recibe una llamada del esclusero.

—Señora—dice—, son las seis de la tarde y aún no veo ningún velero rojo. Se acaba mi turno, me voy a ir a casa. Pediré a mi compañero que la llame en cuanto vea algo. ¿Le parece bien?

—Perfecto—responde Hagar—. Gracias.

—No se preocupe—dice el esclusero.

—No, no—contesta Hagar—. Si no estoy preocupada.

Hagar y María cenan en la terraza del restaurante del Hotel Zeezicht. A las ocho, Hagar se acerca a la recepción para que le den una habitación. Una habitación con vistas al mar.

26

—Buenas tardes, señoras—las saluda el recepcionista—. Imagino que han perdido el último ferri con destino a Terschelling, como casi todos nuestros clientes.

—No, hemos venido a buscar a papá—replica María—. Pero no ha venido todavía, a lo mejor llega mañana.

—Viene en su velero—añade Hagar—. Ha salido a navegar en solitario. Lo estamos esperando.

—Una mujer que espera a su marido—dice el recepcionista—. Así me gusta. ¿Dónde se ha visto eso? Mi mujer no quiere verme ni en pintura.

Tanta gracia le hace su propio chiste que se ríe a carcajadas.

—Les daré la habitación que hace esquina. Es la más bonita.

La habitación de la esquina es muy amplia y tiene vistas sobre el puerto, los espigones y el mar. Hagar apaga las luces, abre las cortinas y se queda mirando los destellos del agua. El cielo está despejado, los ojos de Hagar viajan mar adentro, ven flotar las boyas como guirnaldas sobre las olas. Las luces. Los canales de navegación. Cada boya tiene su propia luz parpadeante: dos segundos, tres segundos, deprisa, despacio.

—Parece una autopista—observa María.

—Será mejor que te vayas a la cama—dice Hagar—. Te despertaré en cuanto vea llegar a papá.

Deja abiertas las cortinas de la habitación de hotel. También deja abiertas las ventanas. Le lee a María un fragmento de *El pequeño capitán*. Cuando María se queda dormida, Hagar se sienta en una silla junto a la ventana y mira afuera. Ha dejado el móvil encima de una pequeña mesa auxiliar.

Hagar espera y mira mientras la tarde se adentra en la noche. De vez en

cuando ve aparecer las luces de un barco en el puerto, pero son buques de servicio, no veleros. La draga sigue yendo y viniendo. Hagar trata de dormir, pero no lo consigue. Cada dos por tres se levanta de la silla y se acerca a la ventana; sigue las parpadeantes guirnalda de luces rojas, verdes y blancas con la mirada. Necesitaría unos prismáticos. No se atreve a pedirlos en recepción. En cualquier caso, es poco probable que tengan.

Piensa en Donald. En su empeño de ser un buen padre. Donald siempre se esfuerza al máximo, en todo. En su trabajo. En casa. Con ella. Con María. Pero nunca lo consigue al cien por cien.

Detrás de Hagar, María se da la vuelta en la cama de madera de roble. Suspira. Tiene el sueño intranquilo.

Los hombres son demasiado imprevisibles para los niños, piensa Hagar. Al menos su marido lo es. Eso hace que se sientan intranquilos. A lo mejor, piensa Hagar, Donald es demasiado niño para ser padre.

Con el tiempo, Hagar ha ido distinguiendo dos clases de padres. Unos no quieren saber nada de los niños, no los comprenden y no les dedican tiempo; son padres estables que ven a la familia como algo que hay que mantener. Lo mismo que la casa o un automóvil. Para esos padres, una familia debidamente mantenida es un símbolo de estatus. El que los hijos estén bien educados y acaben saliendo adelante en la vida resulta tan importante como comprarse un BMW nuevo.

Los otros son los padres enrollados que se vuelcan en sus hijos con sumo entusiasmo y piden de todo a cambio. Esos padres se esmeran a más no poder. Se han criado con la idea de que los hombres y las mujeres son iguales. Pero esa visión va en detrimento de la claridad, piensa Hagar. Si todos los miembros de la familia son iguales, el caos está servido. Los niños no entienden esa idea, opina Hagar. Necesitan claridad, y jerarquía.

Donald pertenece a la categoría de los padres enrollados. Qué se le va a hacer.

Ahora ella lo está esperando, en una habitación de hotel con vistas al mar. Está preocupada. Mira el móvil. Se levanta y se encuentra un mar vacío. Ojalá viera aparecer las luces de navegación del barco de Donald.

Al final, Hagar decide llamar a la guardia costera. Lo ha ido posponiendo porque le parece demasiado definitivo. Quien llama a la guardia costera acepta que hay un problema.

Marca el número, pasan la llamada, la ponen con un hombre, un farero del Brandaris.

—Mi marido se dirige a Harlingen en su velero—explica Hagar—. Debería haber llegado ayer, pero...

—Ay, esos hombres...—dice el farero—. Sólo dan problemas.

Se hace el silencio.

—¿Me puede facilitar alguna información?—pregunta Hagar—. Viene de Dinamarca. Thyborøn.

—¿Cómo se llama el velero, señora? ¿Cuántas personas van a bordo? ¿Cuál es el nombre del puerto de salida?

—*Ismael*, una persona, Thyborøn—contesta Hagar.

Se oye el ruido de las teclas mientras el farero va introduciendo las respuestas.

—¿Color del casco, color de las velas, último contacto? ¿Última posición conocida?

—Desconozco la posición exacta. Mi marido me envió un SMS diciendo que se encontraba al norte de Terschelling. Pero de eso hace casi un día.

—¿Puede ser un poco más precisa? La posición. Necesitamos conocer la posición. No podemos rastrear medio mar del Norte en busca de un pequeño velero, señora. Eso no es factible.

—Lo siento. No lo sé. En el SMS dice que está a diez millas al norte de Terschelling, debajo de la ruta marítima. Eso es todo. No lo sé. Ojalá pudiera ser más precisa.

El hombre guarda silencio, pero Hagar lo oye trastear unos papeles.

—Señora, me parece que ya sé a qué velero se refiere. Hay un barco fondeado cerca del estrecho de Stortemelk. Lleva ya un tiempo allí. Tengo aquí una nota de mi compañero en la que me pide que lo vigile. La verdad es que no hay mucho que vigilar, puesto que el barco está parado. Es un poco extraño, no es habitual que un yate pequeño permanezca tanto tiempo en ese sitio. A ver si me aparece el nombre. Lo tengo aquí en la pantalla. *Ismael*. ¿Así se llama el velero de su marido?

Hagar contesta que sí.

Se halla de pie ante la ventana, tiene frío. El viento penetra en la habitación. María habla entre murmullos mientras duerme atravesada en la

cama. Hagar piensa en el barco, en el color del casco, en las velas nuevas, en el alivio que sintió al ver cómo se alejaba. Donald despidiéndose exageradamente con la mano desde el timón. Dándoselas de duro.

Todo orgulloso. De sí mismo y de su magnífico velero. En ningún momento Hagar había barajado la posibilidad de que algo pudiera salir mal.

¿Debería haber estado más pendiente? Apenas había mostrado interés por los preparativos. Ni siquiera se fijó en el barco al despedirse de su marido. Lo dio todo por supuesto.

Faltaba un tris para que se echara la culpa de algo que no dependía de ella. Le llega de nuevo la voz del farero.

—¿Señora? ¿Sigue ahí?

—Aquí estoy.

—Sí, el *Ismael*. Está localizado. Lo tenemos en el radar. Acabo de intentar contactar con él por radio. Está fondeado. Su marido debe de estar dormido. Seguro que espera al amanecer para ponerse en marcha. Yo que usted no me preocuparía, señora. Quizá esté pendiente de la tormenta. Sobre el mar flota una extraña nube de rodillo. Es un fenómeno que no se da a menudo. Si yo fuese el patrón de un velero como el *Ismael*, también me quedaría a verlas venir. Una nube así puede generar mucho viento, y en esas circunstancias cualquier embarcación pequeña que navegue entre los bancos de arena corre el riesgo de acabar encallando... Es algo que he visto en más de una ocasión.

—De modo que usted cree que...

—Sí, creo que está esperando. A que desaparezca esa nube de rodillo. Mañana el cielo estará despejado, se prevé buen tiempo. Si mañana sigue sin haber movimiento a bordo, enviaremos a alguien a que eche un vistazo. ¿Le parece bien?

—¿Sabría decirme si mi marido ha establecido contacto en algún otro momento? ¿Ha notificado algo? ¿Ha llamado? ¿Por radio?

Se oye el crujido de unos folios. Ruido de tecleo.

—Sí—dice el farero pasados unos minutos—. Aquí aparece. Mi colega ha tomado nota. Ha habido contacto. Su marido le comunicó que esperaría a que escampara. Tengo yo razón. ¿Lo ve? Así que puede estar tranquila, señora. ¿Podría facilitarme el número de teléfono móvil de su esposo?

Hagar le facilita el número.

—Pero no contesta—advierte—. No me ha cogido el teléfono en todo el día.

—Ya—responde el farero—. Es probable que se haya quedado sin electricidad. Lleva tiempo por ahí fuera. Siento tener que decirlo, señora, pero hay mucho bicho raro. La gente no tiene cabeza. Se compran un barquito y se echan al mar, sin pensarlo. Sin ir más lejos, la semana pasada mismamente me tocó uno que había salido a navegar en una triste lata de acero. Venía directo de Noruega, llevaba varios días sin dormir, iba rumbo a los bancos de arena, pudimos pararle los pies justo a tiempo. Si llega a encallar en los bancos de arena, los cachones le hacen pedazos. Y el tipo empeñado en seguir adelante. No paraba de repetir que él no necesitaba ayuda y que iba perfectamente. La verdad es que estaba un poco pasado de rosca. La culpa la tiene la gente, señora, creen que pueden con todo. Yo me he criado en un barco. Sé lo que es. En cambio, a esos capitanes de recreo les sobra dinero, se compran un barco de vela y piensan que cualquiera puede hacerse con el mar.

—Muy bien—dice Hagar—. Tendré paciencia. Gracias. Buena guardia.

—De nada, señora.

Hagar se mete en la cama y se arrima a María. No hay nada mejor que refugiarse en el calor de los hijos. La respiración. La entrega. La confianza sostenida de los niños cuando los padres empiezan a perderla.

—Mamá—musita María—. ¿Pasa algo?

—No, hija, tú duérmete.

—¿Ha venido papá?

—Llega mañana.

—El mástil de mi barquito sigue roto. Tenemos que repararlo antes de que venga papá.

—Mañana lo pegamos. Antes de que llegue.

—De acuerdo—dice.

María vuelve a quedarse dormida.

Hagar se sume en un duermevela.

A las cinco de la madrugada va hasta la mesita junto a la ventana, coge el móvil y envía un SMS.

De: HAGAR
¿Dónde estás?
Yo estoy en el hotel.
Estoy preocupada.

Se lleva un susto al recibir un SMS de vuelta. Daba por descontado que no volvería a tener noticias.

Para: HAGAR
Tranquila.
Problema con el motor.
Llego en 5 horas.
Bss.

Hagar se queda mirando la pantalla. Siente cansancio. Está enfadada. ¿Por qué se ha dejado engañar una vez más?

Le entran ganas de llamar a Donald para ponerle al tanto de la carta de despido, pero no lo hace. Empieza a dar vueltas por la habitación. Media hora. Una hora.

Llama al farero.

—Señora, todo saldrá bien. Veo en el radar que el barco se mueve. Su marido está navegando. Por entre las boyas. Como es debido. Bueno, se sale un poco, pero no importa. Llegará. Ya me encargo yo de vigilarle. Lo tengo fichado en el radar. Para que no cometa ninguna tontería. Es difícil que algo se tuerza ahora, hace un tiempo magnífico, le acompaña la corriente. Ha hecho muy bien en quedarse a la espera del tiempo y de la marea.

Hagar se prepara un café en la habitación; le sabe a plástico.

27

Hagar se encuentra junto a la esclusa norte de Harlingen. Espera a su marido, que vuelve del mar. María está con ella. Se cogen de la mano. Es una mañana hermosa y cálida. Huelen el mar. El esclusero las saluda con entusiasmo, abre la ventana de su garita y exclama:

—¡Señora! ¡Señora! Lo estoy viendo. ¡Está llegando, señora! Su marido, en un velero rojo. No hay duda.

María ha reparado su barquito de pan con ayuda de un apósito; lo lleva en la mano.

Al fin, el barco entra en el puerto. Lo primero que se ve es el mástil. Se balancea de izquierda a derecha, en una posición extraña, medio inclinado hacia delante. A un lado se agitan los retazos de la vela mayor, como sábanas rasgadas. Como banderas comidas a bocados.

El velero describe una curva, de modo que Hagar puede verlo mejor. Ha cambiado de aspecto. Del orgulloso casco rojo apenas queda nada. La pintura se ha descolorido. Una larga grieta recorre el barco, como si alguien lo hubiera atacado con una sierra de cadena. El motor está encendido. El barco arrastra una niebla negra, un reguero de vapor de diésel. El barco que entra en el puerto de Harlingen es un barco herido. Se mantiene a flote de milagro.

Hagar mira al farero. El farero le devuelve la mirada.

El barco es toda una obra artística de rasguños y manchas, de abolladuras ribeteadas de óxido. Fuera borda cuelga un cabo de amarre; va surcando el agua.

Hagar ve un velero que ha vivido mucho, y ve a un hombre, de pie al timón. Ese hombre es su marido. Aunque tenga que mirar dos veces para estar segura.

El hombre al timón tiene el rostro delgado. Es un rostro que Hagar no conoce. Huesudo. Como de alguien que lleva días sin comer. Un vagabundo, piensa. Un vagabundo del mar.

El hombre entra en el puerto en zigzag. Navega deprisa.

—¡Va muy deprisa!—grita el farero por la ventana.

El hombre mira al frente, al muelle. Ve a su mujer. ¿Y su hija?

Con la mano izquierda agarra la caña del timón. Como si la caña del timón fuese su único asidero. Lleva el puño derecho envuelto en un paño teñido de marrón.

Hagar lo llama por su nombre.

—¡Donald!

María grita:

—¡Papá!

—¡Donald! ¡Estamos aquí! ¡Cuidado! ¡Vas muy deprisa!

—¡Papá! ¡Eh, papi, mira, aquí!

María deja su barquito en el suelo y saluda agitando la mano.

El hombre se lleva un susto. Mira al muelle. El barco se desliza por el agua. Ve a su mujer, y a su hija. Esos ojos. Cuajados de preocupación. Están ahí, esperándole, como si ambas a la vez le estrecharan entre sus brazos. Unos brazos cálidos. Mejor que la luz del sol, que también le recibe con calor.

Devuelve el saludo. Saluda con la mano a su mujer. Y a su hija.